

I CONGRESO DE EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA ARGENTINA

Buenos Aires, 3, 4, 5 de noviembre de 2006

CATOLICOS Y VIDA PUBLICA EN AMERICA LATINA

Misión y política

La Iglesia no puede jamás ser ajena a las vicisitudes de la vida pública de pueblos y naciones. Esto es propio de la lógica de la encarnación. “Cristo, en efecto, vino para salvar al hombre real y concreto, que vive en la historia y en la comunidad, y, por lo tanto, el cristianismo y la Iglesia, desde el comienzo, han tenido una dimensión y una vigencia también públicas” (1). La Iglesia es pueblo universal de Dios - una “etnia sui generis”, la definió elocuentemente el papa Pablo VI - que vive en el seno de todos los pueblos, dentro de los más diversos Estados pero trascendiéndolos, asumiendo críticamente las diferentes culturas sin confundirse con ninguna de ellas. Desde sus orígenes, la “Carta a Diogneto” así presentaba a los cristianos: “(...) ni por región ni por su lengua ni por sus costumbres se distinguen de los demás hombres (...) De hecho, no viven en ciudades propias, ni tienen una jerga que los diferencie, ni un tipo de vida especial...participan de todo como ciudadanos y en todo se destacan como extranjeros. Cada país extranjero es su país, y cada patria es para ellos extranjera (...). Obedecen las leyes establecidas, y con su vida van más allá de las leyes (...). Para decirlo brevemente, como el alma en el cuerpo así están los cristianos en el mundo” (2).

La presencia y el servicio de los cristianos en el mundo – afirmó el Concilio Ecuménico Vaticano II (GS, 1, 39) - implica la solidaridad “con los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias” del propio tiempo, “sobre todo de los pobres y cuantos sufren”, bien conscientes que “la espera de una tierra nueva no debe amortiguar, sino más bien avivar la preocupación por perfeccionar esta tierra, donde crece el cuerpo de la nueva familia humana, el cual puede de alguna manera anticipar un vislumbre del siglo nuevo” (3).

Desde el “dad al Cesar lo que es del Cesar y a Dios lo que es de Dios”, el cristianismo ha incorporado en la vida pública la novedad radical de la distinción entre la comunidad política y la comunidad religiosa. Esta novedad no sólo ha desacralizado todo poder político sino que también ha relativizado la política. Si todo es política - como se gustaba decir en tiempos de borrachera de hiper-politización -, la política ciertamente no es todo, ni lo más radical y decisivo en la vida de las personas y de la misma “polis”. La persona humana no puede quedar reducida a su condición de ciudadano. Su misma humanidad se manifiesta en sus deseos constitutivos de verdad – de “sentido” de la vida y significado de toda la realidad -, de felicidad, de comunión en el amor, que ansían su plena realización. Tal es su experiencia elemental y los interrogantes fundamentales de la razón. No es la política que puede dar respuesta a esa exigencia de infinito que mueve a la persona en su relación con toda la realidad. Cuando el Estado pretende desconocer o reducir tales deseos, se atenta contra la “dignidad trascendente de la persona”; cuando, en vez, pretende darles respuesta y satisfacción se arroga un poder salvífico que no hace más que generar infiernos. La dignidad de la política está en su servicio al bien común, reconociendo la primacía ontológica de esa dignidad de cada persona y de todas las personas.

Por su parte, la Iglesia no tiene una finalidad política, no tiene una vocación de poder. No tiene ni puede tener como referencia de sí la conquista o el sostén de un poder político. El Reino de Dios no puede ser producto de la política ni la fe puede quedar subalterna y funcional al primado de la política. “La Iglesia no es ni quiere ser un agente político”, ha subrayado nuevamente S.S. Benedicto XVI (4). Si la Iglesia se redujese a mero actor político, en una parte política entre otras, degeneraría su ser y misión. Más aún, debe trascender siempre la sutil tentación de dejar absorber excesivamente su presencia y su mensaje en las mallas estrechas de las contingencias y estrategias políticas, sabiendo que nunca faltarán quienes pretendan servirse de ella, de distintos modos, para sus propias estrategias de poder.

Otra cosa es la misión de la Iglesia. Su “cometido fundamental (...) en todas las épocas y particularmente en la nuestra es dirigir la mirada del hombre, orientar la conciencia y la experiencia de toda la humanidad hacia el misterio de Cristo, ayudar a todos los hombres a tener familiaridad con la profundidad de la Redención, que se realiza en Cristo Jesús” (5). “Evangelizar - escribió Pablo VI – es la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda (6); es su servicio original, insustituible, a todos los hombres, de todos los tiempos y lugares.

Esto no quiere decir que la Iglesia pueda desinteresarse de la vida pública de las naciones, que no abrace la totalidad de las dimensiones de la existencia y convivencia humanas - entre las cuales la política es dimensión fundamental y englobante -, que no esté ella misma implicada en la vida y destino de las naciones, que no nutra “un interés profundo por el bien de la comunidad política, cuya alma es la justicia” (7). Si bien “la misión propia que Cristo confió a su Iglesia no es de orden político, económico o social” sino de “orden religioso”, “precisamente de esta misma misión religiosa derivan funciones, luces y energías que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad humana según la ley divina” (8); o como dirá después la exhortación apostólica “Evangelii Nuntiandi”: “entre evangelización y promoción humana - desarrollo, liberación - existen, en efecto, vínculos profundos”, de orden antropológico, teológico y de caridad (9).

En el plan de Dios, en su designio de salvación de los hombres, la Iglesia es sacramento de la comunión para la que todos los hombres han sido creados y destinados, derribando los muros de división. Comunica la fuerza de la Resurrección de Jesucristo, la máxima revolución del amor, ruptura de toda cadena de esclavitud, victoria sobre la muerte y certeza de un destino bueno para los hombres. El Evangelio de Jesucristo “es buena noticia sobre la dignidad de la persona humana” (10). Es un “mensaje de libertad y fuerza de liberación” (11).

Desde esa luz, bien se entienden las primeras palabras del pontificado de Juan Pablo II: “Abrid de par en par las puertas a Cristo (...). Abrid a su potestad salvadora los sistemas económicos y políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo” (12) Por eso, también, Juan Pablo II afirmaba: “No tengáis miedo de Cristo; no temáis la función incluso pública que el cristianismo puede ejercer para la promoción del hombre..., respetando plenamente, más aún, promoviendo sinceramente la libertad religiosa y civil de todos y cada uno, y sin confundir en modo alguno la Iglesia con la comunidad política”. Y continuaba así: “También y sobre todo en una sociedad pluralista y parcialmente descristianiza, la Iglesia está llamada a actuar, con humilde valentía y plena confianza en el Señor, a fin de que la fe cristiana tenga, o recupere, un papel-guía y una eficacia desbordante, en el camino hacia el futuro” (13). Esto no es añadido político a su misión, sino que deriva intrínsecamente de ella. Muchas acusaciones interesadas e instrumentales de “intromisión” de la Iglesia en la vida pública son coletazos de un laicismo anacrónico o signo de una tendencia autoritaria del poder mundano que no quiere admitir todo lo que no sea funcional al propio poder.

Como bien dice el Concilio Ecuménico Vaticano II, “la comunidad política y la Iglesia son independientes y autónomas, cada uno en su propio terreno” y “ambas, aunque por diverso título, están al servicio de la vocación personal y social del hombre”. Es un servicio que realizarán “con tanta mayor eficacia, para bien de todos, cuanto mejor cultiven ambas entre sí una sana cooperación” (14). De ello, la encíclica “Deus caritas est” saca las siguientes conclusiones: “La justicia es el objeto y, por tanto, la medida intrínseca de toda política (...)”, que presupone una pregunta radical: “¿qué es la justicia?” y ¿cómo liberar la política de la “preponderancia del interés y del poder que la deslumbran”? La perspectiva de Dios libera la razón de sus cegueras, la política de sus ídolos. “En este punto se sitúa la doctrina social católica: no pretende otorgar a la Iglesia un poder sobre el Estado. Tampoco quiere imponer a los que no comparten la fe sus propias perspectivas y modos de comportamiento. Desea simplemente contribuir a la purificación de la razón y aportar su propia ayuda para lo que es justo, aquí y ahora, pueda ser reconocido y después puesto también en práctica” (15).

El patrimonio más precioso de nuestros pueblos

El patrimonio más precioso de América Latina es el don providencial de la bimilenaria tradición católica, confiada por Cristo a sus apóstoles para que propagaran la buena nueva de la salvación del hombre y de la redención del mundo en todos los extremos de la tierra, y que está en los orígenes de la formación de los pueblos latinoamericanos, sustrato de su cultura, matriz de su identidad y unidad. Como han dicho en forma muy verdaderamente hermosa los Obispos latinoamericanos reunidos en Puebla de los Angeles: “Con deficiencias y a pesar del pecado siempre presente, la fe de la Iglesia ha sellado el alma de América Latina (...). El Evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad histórico cultural que llamamos América Latina”, cuya “identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la evangelización” (16). De ello proceden los mejores recursos de humanidad de nuestros pueblos: el acontecimiento cristiano ha generado y templado su identidad y dignidad, su sabiduría ante la vida (y, por eso, ante el sufrimiento y la muerte), la dilatación de la caridad en experiencias de fraternidad y solidaridad, su pasión por la justicia, su esperanza a toda prueba, su alegría incluso ante situaciones muy duras de vida. Es semilla potente de nueva creación. Se trata ante todo de ser conscientes, agradecidos, legítimamente orgullosos y responsables de la tradición católica que nos ha sido confiada por la providencia de Dios, a la que se pertenece por historia, cultura y, sobre todo, por el don del bautismo.

La presencia de la Iglesia católica está tradicionalmente implantada en los espacios públicos de las naciones y en la vida de sus pueblos. Ha acompañado sus vicisitudes históricas, ha sido expresión y sostén ideal de la convivencia social y asumido un papel crucial en coyunturas críticas. Ha estado siempre cercana a las necesidades de las personas y los pueblos, también por medio de una red de obras educativas, hospitalarias,

culturales, de promoción del trabajo y de las más diversas formas de servicio y asistencia, no como suplencias a las carencias del Estado y el mercado sino por irradiación de la caridad. Su presencia ha sido a veces empañada por compromisos mundanos, distracciones y omisiones, que no faltan ni escandalizan en una comunidad que se sabe formada por pobres pecadores sólo congregados y reconciliados por la gracia de Dios, y que educa a la invocación del “mea culpa” al comienzo de cada celebración eucarística para ser cada vez más fieles a su Señor y a su servicio a los hombres.

El amor de Cristo no puede sino manifestarse en pasión por la vida y el destino de nuestros pueblos y especial solidaridad con los más pobres, sufrientes y necesitados. La contribución original de la Iglesia es decisiva en la formación y destino de las naciones, por medio de un perseverante recomenzar desde la conversión y educación de cada persona; por los contenidos de verdad y amor, de unidad y sabiduría que sabe custodiar, transmite e imprimir en la vida de los pueblos; por la forja y temple de las energías humanas de libertad y dignidad, de fraternidad y solidaridad, de laboriosidad y empresarialidad, de sacrificio solidario, de justicia y reconciliación; por las luces de su doctrina social como inteligencia y competencia respecto a los problemas fundamentales de la convivencia social.

En efecto, es significativo de la vocación histórico-cultural de América Latina que las grandes mayorías de sus pueblos se reconozcan en esa tradición, estén bautizados en la Iglesia católica y, como lo demuestran numerosas encuestas recientes realizadas en distintos países latinoamericanos, se manifieste aún el profundo arraigo y el vasto y alto consenso, confianza y credibilidad en la Iglesia católica (muy por encima de cualquier otra institución civil) en la vida pública de las naciones.

Ahora bien, sabemos bien que ese patrimonio está sujeto a fuerte erosión capilar por descuidos y deficiencias de la evangelización y catequesis, por la difusión de una cultura dominante global cada vez más alejada y hostil respecto a la tradición católica y por la expansión proselitista de otras comunidades cristianas y sectas. Además, nos interpela el hecho de que en un continente de sustrato católico, que reconoce su tradición cristiana como alma de sus pueblos y la cultura católica en la identidad original de América Latina, contando la Iglesia con tan hondo arraigo y credibilidad, se vivan situaciones dramáticas de atraso e injusticia, de marginación, violencia y miseria, que “contradicen los valores que el pueblo latinoamericano lleva en su corazón como imperativos recibidos del Evangelio” (17).

En fin, no podemos desconocer que la tradición católica de nuestros pueblos es considerada como una anomalía por fuertes poderes transnacionales, y sus variadas comparsas locales, que tratan de disgregarla, desvirtuarla, desarraigarla y arrasarla. Esto se advierte ya por doquier en América Latina. Lo más peligroso es todo límite a la libertad y a la acción de la Iglesia como educadora y regeneradora de personas, familias y pueblos. Cualquier tentación de agresión a esa tradición no sólo es anti-católica sino también anti-nacional, anti-popular, anti-latinoamericana.

La cuestión es decisiva para la vida de las naciones: o ese tesoro resulta dilapidado - ¡y la “perla preciosa” es Cristo! -, y con él los mejores recursos de humanidad con que cuentan los pueblos, y los pobres por amor preferencial, o fructifica arraigando con más profundidad en el corazón de las personas, las familias y los pueblos, gracias a la linfa vital del Evangelio.

¿Dónde están las “divisiones” del Papa?

Un hecho que impresiona en estos últimos 25 años, que son los más duraderos de democratización en casi toda América Latina, en los que ha habido profundos recambios de formas y liderazgos políticos, mientras muchos esquemas mentales e ideológicos quedaban sumidos en el anacronismo y se planteaban nuevos problemas y desafíos, es la escasez de significativas y fuertes presencias católicas en los liderazgos de primer plano en los nuevos escenarios públicos de nuestras naciones.

Cuando se considera la presencia pública de la Iglesia en el seno de las naciones se tiende a concentrar los reflectores en declaraciones, documentos e intervenciones de las jerarquías eclesíásticas nacionales, en sus encuentros y desencuentros con el poder político, en sus gestos y orientaciones respecto a las mayores cuestiones de la convivencia nacional. Y es lógico, pues los Obispos son, en comunión con el Papa, los custodios de la tradición católica en la vida de los pueblos, testigos, educadores y maestros para alimentarlos con razones de vida y esperanza. Así como los Obispos de la “nueva cristiandad de Indias” se presentaban con el título de “defensores de los indios”, a los Obispos compete actualmente en América Latina ser reconocidos como defensores de los pueblos en lo que les es de más valioso, fundamental y decisivo. Sin embargo, sólo una difundida imagen “clerical” de la Iglesia suscita esa concentración de atención.

Si los Pastores son servidores de un pueblo, ¿acaso no cabría preguntarse en donde están las “divisiones” del Papa y de los Obispos en la vida pública de las naciones? ¿Cuáles son las respuestas sociales, culturales, políticas de los cristianos? ¿Donde se están elaborando, experimentando y proponiendo nuevos aportes, nuevas

obras, nuevos caminos, desde una presencia católica, para esta fase de desarrollo de América Latina, para la promoción de una cultura para la vida, la reconstrucción del tejido familiar y social, una alianza del mercado con la solidaridad y justicia, la reforma de la empresa y el trabajo, un replanteamiento profundo de la educación y la formación del capital humano, un despliegue de nuestra tradición cultural capaz de incorporar las innovaciones científico-tecnológicas para bien de la persona y de los pueblos, la creación de obras artísticas que reflejen el esplendor de la verdad, la difusión de nuevas modalidades de participación que consoliden la democracia y renovadas formas de auto-organización, promoción y asistencia de los excluidos y desfavorecidos? ¿Dónde están nuestros Adenauer, los De Gasperi, los Monnet, los Schumann, que estén afrontando los caminos efectivos de la necesaria integración regional, con los sacrificios, reconciliaciones y convergencias que implica, hacia la Unión Sudamericana en el marco de un nuevo protagonismo mundial? ¿Dónde nuestros Tomás Moro, obedientes súbditos de la autoridad, pero sobre todo de la ley inscrita por Dios en la conciencia del hombre, fuente de su auténtica libertad? ¿Cómo puede ser que en pueblos de tradición católica ésta no encuentre mayor expresividad política en caminos de contribución coherente y original ante los enormes desafíos y problemas de las naciones?

La contribución indispensable de los fieles laicos

Si bien “la tarea inmediata de actuar en ámbito político para construir un orden justo en la sociedad no es (...) de la Iglesia en cuanto tal”, Benedicto XVI recuerda nuevamente que lo es ciertamente “de los fieles laicos que operan como ciudadanos bajo la propia responsabilidad, iluminados por la fe y por el magisterio de la Iglesia” (18). ¿Acaso no fueron las enseñanzas del Concilio Vaticano II que pusieron en resalto la dignidad y el protagonismo de los fieles laicos, a los que se les confía especialmente “gestionar y ordenar los asuntos temporales según Dios”? (19). Nos es bien notoria la insistencia con la que el acontecimiento conciliar ha puesto la “índole secular” como “carácter propio y peculiar” de los laicos católicos dentro de la circularidad y complementariedad de los estados de vida en la Iglesia, considerándola como modalidad de realización de la vocación cristiana en las condiciones ordinarias “de la vida diaria, familiar y social” (20) para dilatar el Señorío de Cristo, que es “reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz” (21). Diez años después del Concilio, la exhortación apostólica “Evangelii Nuntiandi” volvía a poner el acento en esa “forma singular de evangelización” confiada a los laicos “en el corazón del mundo y al frente de las más variadas tareas temporales” (22). Y aún en la exhortación apostólica post-sinodal “Christifideles laici” se señala que “la condición eclesial de los fieles laicos se encuentra radicalmente definida por su novedad cristiana y caracterizada por su índole secular” (23), donde “secular” no quiere decir jamás separado de Cristo sino llamado a transformar y recapitular en Cristo todas las dimensiones de la persona y de la convivencia social. En efecto, el mundo es “el ámbito y el medio de la vocación de los cristianos laicos” (24), en cuanto realidad destinada a obtener en Cristo la plenitud de significación y de vida.

Por supuesto, lo de la “índole secular” no es exclusivo para caracterizar la tarea de los fieles laicos. Toda la Iglesia vive en el “siglo” y es sacramento para el mundo, pero los fieles laicos están llamados a ser como adelantados que abren caminos al Evangelio en las más diversas fronteras de la construcción de un orden social justo. Si bien es muy claro que corresponde a la jerarquía eclesial enseñar e interpretar auténticamente los principios morales que deben guiar la conducta y opciones de los fieles en la “polis” y que iluminan su construcción hacia el bien común, corresponde a los fieles laicos, “con la propia iniciativa y sin esperar consignas y directivas, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de la comunidad en que viven” (25).

Además, las actuales sociedades democráticas, en las cuales, al menos a nivel de principios, todos son reconocidos como partícipes de la gestión de la cosa pública en un clima de verdadera libertad, exigen - recordaba un reciente documento de la Congregación para la Doctrina de la Fe, entonces presidida por el Card. J. Ratzinger – “nuevas y más amplias formas de participación en la vida pública por parte de los ciudadanos, cristianos y no cristianos” (26). Ello es también renovada invitación y exigencia planteada a los fieles laicos, que “no pueden abdicar de la participación a la <política> (...), o sea a las múltiples y variadas actividades económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinadas a promover orgánica e institucionalmente el bien común” (27).

Pues bien, en la misma Iglesia se advierte con preocupación la fragilidad de esa presencia y contribución de los laicos católicos en la vida pública de las naciones. Ciertamente es que en el seno de las Iglesias locales y a niveles nacionales es posible encontrar no pocos laicos que asumen responsablemente su vocación y misión cristianas en el mundo, en variados campos de acción. Es motivo de admiración y aliento. Hay mucha generosidad dispersa entre los cristianos latinoamericanos. Hay obras maravillosas que se aprecian en muchos campos de servicio. Todos tenemos presente en la memoria, con nombres y apellidos, cristianos que dan testimonio de su fe en la vida pública. Pero se trata de una presencia en proporciones e influjos insuficientes, sin que se adviertan grandes corrientes y movimientos de novedad cristiana a lo largo y ancho del continente.

Y es también claro que siguen siendo numerosos los dirigentes políticos que se confiesan católicos, cosa que aparece más como tributo genérico a cierta tradición que por una pertenencia fiel a la Iglesia, una atención a su

magisterio y una capacidad de traducción inteligente y decidida del cristianismo como contribución esencial en la vida pública.

¿Qué está pasando, pues?

Arriesguemos algunas hipótesis explicativas de esa escasa presencia de los católicos en los nuevos escenarios de la vida pública en América Latina, que sintetizaré en seis capítulos con los siguientes títulos: - el divorcio entre la fe y la vida; - el cisma tradicional entre elites y pueblos; - los influjos de la cultura relativista y hedonista; - la privatización de lo religioso en democracias “procedimentales”; - el agotamiento de esquemas ideológicos y políticos del mundo bipolar; - la crisis de las formas asociativas del laicado militante; - el descreimiento de la política.

El divorcio entre fe y vida

“Uno de los más graves errores de nuestra época” -señaló el Concilio Vaticano II - es el divorcio entre “la fe y la vida diaria de muchos”, así como las “opciones artificiales entre ocupaciones profesionales y sociales, por una parte, y la vida religiosa, por otra” (28). Para muchos el bautismo ha quedado sepultado bajo una capa de olvido e indiferencia, di ignorancia religiosa, en la distracción y el descuido. Es muy frecuente también la tendencia a las vidas paralelas, fragmentadas, parcializadas, en las que la familia, la educación, el trabajo, las diversiones, la política y la religión ocupan como compartimentos separados y escasamente comunicados. En la existencia de los cristianos parecen muchas veces darse “dos vidas paralelas: por una parte, la llamada vida ‘espiritual’, con sus valores y exigencias, y por otra, la vida llamada ‘secular’, o sea la vida de familia, de trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura” (29). La fe recibida va quedando así reducida a episodios y fragmentos de toda la existencia. Se cae, pues en el ritualismo - lo religioso reducido a episódicos y a veces esporádicos gestos rituales y devocionales -, en el espiritualismo - el cristianismo evaporado en un vago sentimiento religioso, en el moralismo - la fe en Cristo salvador reducida a ciertas reglas y comportamientos morales -. En todos estos casos, la fe católica no es concebida ni experimentada como acontecimiento de un encuentro sorprendente y fascinante con Cristo, que abraza y convierte toda la vida del bautizado. Falta una “apropiación” personal del anuncio evangélico de modo que la fe crezca y sea cada vez más la experiencia y el significado totalizantes de la existencia.

El cisma entre elites y pueblos

El divorcio entre la fe y la vida refleja, y a la vez ahonda, la “ruptura entre Evangelio y cultura” que Pablo VI ya indicó como “el drama mayor” de nuestro tiempo (30). En América Latina este drama se incubó histórica y culturalmente y se manifiesta en el cisma entre las elites ilustradas, racionalistas, secularizantes, dependientes de los modelos sociales e ideológicos de las metrópolis, y las grandes mayorías populares, “barrocas”, de sedimentos católicos y tradiciones orales, que acompañó la formación de los Estados y su incorporación subalterna en el mercado mundial. Fue interpretado por esas elites como la oposición entre “civilización y barbarie”, entre los fautores del progreso y la modernización y los vastos “mundos” populares todavía anclados en la sociedad tradicional, “pre-moderna”. Similar cisma se prolongó en nuestro siglo XX en el que las elites ilustradas pagaron fuertes tributos a las ideologías dominantes del mundo bipolar. Sociologías de la modernización, con sus oposiciones simplistas y groseras entre lo rural-tradicional-sacro y lo urbano-racional-moderno-secular, y la vulgarización del marxismo, con lo religioso como opio del pueblo, inspiraron en diversas corporaciones actitudes públicas desconectadas de la realidad de los pueblos, fomentando que éstos fueran cada vez más descreídos de la cosa pública (31). ¡Proyectos de modernización, desarrollo y revolución a espaldas de los pueblos, que terminan por ser contra los pueblos! En el extremo de este cisma - que admitió según los países muchos grados, variantes y excepciones - estuvo el México gobernado durante siete décadas por una monocracia filo-masónica mientras el 90% de los mexicanos se confesaba católico y el 99% “guadalupano”; lo católico quedaba vedado de los ámbitos públicos, marginado de las instancias políticas, escolásticas, culturales y editoriales...

Es verdad lo que afirmaban los Obispos latinoamericanos en Puebla cuando señalaban que la fe católica parece tener escasa significación en los “criterios y decisiones de aquéllos que han asumido responsabilidades políticas e intelectuales en la organización de las sociedad latinoamericanas” (32).

En tales condiciones, las formas arraigadas de piedad popular católica, con profundo sentido de la presencia del misterio, se limitaban así a ser pura resistencia, tendiendo a empobrecerse, no siendo suficientemente cultivadas. Incluso tuvieron que sufrir una vasta ola de iconoclastía por lecturas y aplicaciones secularizantes de la renovación conciliar, ¡precisamente cuando más se hablaba del “pueblo de Dios”! Por eso mismo, el episcopado latinoamericano, en Puebla, exhortó a las elites a “asumir el espíritu de su pueblo, purificarlo, aquilatarlo y encarnarlo en forma preclara, y, a la vez, desarrollar “una mística de servicio evangelizador de la religión de su pueblo”, expresada sobre todo por los pobres y sencillos (33).

Sólo quienes se demuestren capaces de vivir una connaturalidad afectiva con el propio pueblo y recapitular, repensar, reformular y reproponer sus matrices culturales e ideales, bregando con realismo, pasión y competencia por sus intereses comunes, pueden tocar sus fibras profundas y ponerlos en movimiento.

Influjos de la cultura relativista y hedonista

Hoy día esa ruptura entre Evangelio y cultura se ha ido agudizando cada vez más. El cristianismo “está ciertamente abierto a todo lo que de justo, verdadero y puro existe en las culturas y en las civilizaciones, a lo que alegra, consuela y fortifica la existencia”. En nuestra actualidad, los cristianos reconocen y acogen positivamente “los auténticos valores de la cultura de nuestro tiempo, como el conocimiento científico y el desarrollo tecnológico, los derechos del hombre, la libertad religiosa, la democracia” (34). Sin embargo, “no ignoran ni descuidan aquella peligrosa fragilidad de la naturaleza humana que es una amenaza para el camino del hombre en cualquier contexto histórico; en particular, no descuidan las tensiones interiores y las contradicciones de nuestra época” (35).

Precisamente, en nuestra época, se asiste a la paradoja de que el derrumbe del comunismo y la victoria del capitalismo liberal han puesto de manifiesto y radicalizado una “crisis de sentido” que sufre sobre todo la cultura occidental. La conclusión de la parábola de los ateísmos mesiánicos - que habían tenido en el marxismo su vértice ideológico y en el socialismo real los primeros Estados confesionalmente ateos de la historia - dejaba paso ahora a un hedonismo agnóstico, relativista, convertido gracias a los medios de comunicación masiva, y sobre todo a la televisión, en un ateísmo libertino de masas (36). Tal es la ideología dominante de las sociedades del consumo y el espectáculo, en proyección y difusión globales, vehiculada por fuertes poderes mediáticos, cada vez más lejana y hostil respecto a la tradición católica. “Así Dios queda excluido de la cultura y de la vida pública” (37).

En efecto, se trata del nuevo opio del pueblo, que opera como distracción, confusión y banalización de la conciencia y la experiencia de lo humano, censura y ofusca los interrogativos irreprimibles de la persona sobre el origen, sentido y destino de la vida, reduce la razón a un positivismo estrecho que se desahoga con irracionales veleidades “espirituales” y “religiosas” para todos los gustos, y degenera la libertad en instintividad insaciable por exacerbación indiscriminada de los deseos. Su agresividad contra la Iglesia católica se manifiesta no sólo a través de sistemáticas campañas de desprestigio sino, más radicalmente, en la tendencia a operar una reducción del acontecimiento cristiano que sea funcional al poder mundano. Intenta así imponer su propia “agenda” a los cristianos, homologándolos en las “opiniones comunes” que el mismo poder difunde por doquier y arrastrándolos hacia un mix” sincrético y arbitrario de creencias y comportamientos, promovido y tolerado como subjetivismo irracional. Promueve, a la vez, la ordenación de toda la vida personal y colectiva en seguimiento de los ídolos del poder, del dinero, del éxito, del placer efímero. No hace más que socavar la tradición católica de nuestros pueblos, erosionar su temple humano, dificultar una auténtica educación de la persona, multiplicar individualismos invertebrados sin conciencia de pueblo, fomentar el consumo cuando nos es capital crecer en la laboriosidad y productividad, anestesiar el espíritu de sacrificio sin el cual no hay amor, ni amistad, ni grandes causas que se lleven adelante.

Nada peor para América Latina que confiarse al anacronismo de retazos de las ideologías del mesianismo ateo que ya han demostrado sus miserias y fracasos, o difundir y acoger acriticamente las tendencias culturales decadentes de las sociedades de la abundancia, estancadas en el conformismo y el tedio, cada vez más estériles de todo punto de vista, que se presentan bajo las máscaras de progreso de “sociedades avanzadas”. Hay que tener clara conciencia que este relativismo utilitario y hedonista, de desembocadura tendencialmente nihilista, es ácidamente demoledor y disgregador, pero de ningún modo constructivo ni de la persona ni de la sociedad.

Todo ello es contrapeso a las militancias ideales. La participación de los católicos en la vida pública se hace, en tales condiciones, más difícil y exigente. No se trata de enquistarse en resistencias defensivas y blandir postulados de la revelación cristiana que habría que respetar por parte de un Estado “católico” y que éste tendría que mantener vigentes en la vida pública por medio de sus poderes coercitivos, como todavía lo piensan minoritarios sectores de tradicionalistas tan recalcitrantes como impotentes. Hay que estar preparados, inteligentemente, a dar buenas razones que afronten los nuevos problemas y desafíos planteados desde una concepción del bien integral de la persona y los pueblos, que sea compartible, más allá de confines confesionales, con quienes buscan efectivamente ese bien, participando con coherencia, competencia y valentía en el debate público. La fe de los creyentes, llamada a imprimir una calidad ética en la esfera pública, está exigida de expresarse según la argumentación racional que es propia de la deliberación política. ¿Acaso Benedicto XVI no está llamando y urgiendo a una revalorización de la razón, no encerrada y disminuida en sus límites utilitarios, sino alargada en todas sus dimensiones posibles, hasta el encuentro con la fe, que la sostiene y potencia, que “todo lo ilumina con nueva luz (...) y orienta la inteligencia hacia soluciones plenamente humanas” (38)?

La privaticidad de lo religioso en las democracias “procedimentales”

Incluso predomina hoy en muchos poderes y ambientes la idea de que el relativismo, en cuanto pluralismo ético, es condición de posibilidad de la democracia. Sin duda, la Iglesia católica aprecia la democracia, especialmente después de un siglo de ideologías y sistemas totalitarios, de tiranías represivas, de conculcación de derechos humanos y libertades, de “guerras sucias”, del uso de las torturas, secuestros y desapariciones, de estrategias violentas que han sido políticas de muerte y la muerte de toda política, y hoy también de terrorismo globalizado. Sin embargo, cierta universalización de la democracia, no exenta de bolsones negros y amenazas por en muchas partes, ha coincidido con la crisis de sus mismos fundamentos. “En numerosos países, después de la caída de las ideologías que ligaban la política a una concepción del mundo (...) – escribía Juan Pablo II -, un riesgo no menos grave aparece hoy (...): el riesgo de la alianza entre la democracia y el relativismo ético” (39). Más aún, los credos religiosos y las narraciones ideológicas son considerados como amenaza de fanatismo, intolerancia y violencia. En sociedades cada vez más pluriculturales y multi-religiosas, la democracia debería construirse sólo desde reglas razonables de procedimiento, formas provisorias de consenso mayoritario, confinando las creencias a los ámbitos de lo “privado”, sin que pretendan tener relevancia en la vida pública (40). Sólo quedan coletazos de aquel laicismo decimonónico que reaccionaba ante cualquier presencia pública de la Iglesia con airados tonos anticlericales, pero hoy predomina la cultura relativista que pretende dejar toda referencia a verdades objetivas y a convicciones religiosas y éticas fuera del dominio público. Se pide a los ciudadanos - incluidos los católicos - “que renuncien a contribuir a la vida social y política de sus propios países según la concepción de la persona y del bien común que consideran humanamente verdadera y justa, a través de los medios lícitos que el orden jurídico democrático pone a disposición de todos los miembros de la comunidad política” (41).

Es bien cierto que todo Estado religioso, confesional, ideológico, lleva consigo un dinamismo de violencia contra la libertad. Es el caso del “fundamentalismo”. Hoy lo es evidente en los regímenes de tradición islámica. Lo que de por sí es relativo, como una ordenada convivencia sobre bases liberales, no puede convertirse en absoluto. Y no es esto una buena advertencia para los latinoamericanos, que hemos tenido la tendencia a sacralizar los principios políticos como verdades absolutas según inflaciones ideológicas. Pero la alianza de relativismo y democracia deja a ésta asentada sobre un tembladeral. En verdad, “la historia del siglo XX es prueba suficiente de que la razón está de la parte de aquellos ciudadanos que consideran falsa la tesis relativista, según la cual no existe una norma moral, arraigada en la naturaleza misma del ser humano, a cuyo juicio se tiene que someter toda concepción del hombre, del bien común y del Estado” (42).

Una democracia que no sepa fundarse y estar animada por algunos grandes criterios que distingan lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, pierde sangre y linfa vitales, no genera auténticas conciencias de pertenencia patriótica, no da bases firmes para la solidaridad social, se muestra incapaz de grandes convergencia ideales y constructivas. Tiende a anteponer los intereses al bien común, a quedar a merced de los poderes dominantes, a, a confinar la política en obsesiones y juegos de poder, a corromper la vida pública de las naciones.

La paradoja de una democracia fundada en el relativismo ético es que niega en vía teórica una verdad ontológica sobre el hombre, pero permite al poder dictar a través de las leyes y difundir a través de los medios masivos de comunicación una propia ontología, antropología y ética, incluso contrabandeando como libertades conquistadas lo que no son más que atentados contra la persona humana. Es lo que el cardenal J. Ratzinger llamó “dictadura del relativismo”. Si por tradición histórica y cultural la democracia ha estado siempre íntimamente asociada al reconocimiento y ejercicio de los derechos humanos, universales porque arraigados en una común naturaleza humana, hoy día se pretende imponer desde el poder nuevos, confusos e instrumentales “derechos individuales”, que comprenden la legitimación del aborto, la fertilización asistida, la eugenesia, la eutanasia, etc. El poder político somete así a controles procedimentales opciones radicales de vida, mostrándose obtuso frente a la dimensión objetiva de bien y del valor arraigadas en el ser de la persona y en la realidad de las cosas, que son contenidos de la ética natural, a priori del paradigma democrático. Es paradójico que cuanto más se critique a nivel latinoamericano el neoliberalismo económico, sin encontrar en verdad, al menos por el momento, alternativas factibles, más se busque la patente de “progresista” en el ámbito de propuestas y legislaciones caracterizadas por un individualismo salvaje y un ultraliberalismo radical, que atenta contra el primer derecho, que es a la vida, y arremete y disgrega el tejido familiar, social y cultural de los pueblos (43).

Tanto el fundamentalismo como el relativismo resultan contrarios a la razón, aberrantes y violentos, socavan a la democracia dejándola en un pantano sin fundamentos ni energías de construcción y transformación auténticamente humanas.

Agotamiento de esquemas ideológicos y políticos del mundo bi-polar

Otro factor causal de la insuficiencia de presencias más significativas de católicos en la vida pública está dado por el desconcierto y cierto vacío de referencias, en realidad compartidos con los más diversos no católicos, causados por el agotamiento de los esquemas ideológicos y políticos dominantes desde fines de la segunda posguerra mundial hasta los comienzos de la década de 1990.

En efecto, sectores de presencia cristiana en la vida pública de América Latina pagaron un fuerte tributo de subordinación y confusión respecto de esas interpretaciones y proyectos ideológicos que no se conciliaban con la tradición católica. La Iglesia en América Latina no podía no quedar sacudida íntimamente por las polarizaciones políticas e ideológicas que repercutían en toda la realidad latinoamericana, agudizadas desde la revolución cubana en las décadas de 1960, 1970 y 1980. Sufrió el embate de opuestos extremismos: de quienes pretendían que ignorase las injusticias, sufrimientos y esperanzas de los pueblos, no custodiase derechos y libertades fundamentales, legitimando una presunta defensa de la “civilización occidental y cristiana” con todos los medios represivos, o al menos que callase ante los costos terribles de una “guerra sucia”, y de quienes intentaban presionar la reformulación de su doctrina y acción, reduciéndola a sujeto político de apoyo a estrategias revolucionarias, incluso violentas, bajo hegemonía marxista (44). La fase histórica de guerra caliente del mundo bipolar en las periferias conmovió hondamente las comunidades cristianas de América Latina. La Iglesia católica, no sin grandes costos, supo custodiar y reafirmar su propia identidad y su propio servicio a los pueblos. El vértice de su autoconciencia eclesial y latinoamericano se expresó en el documento final de la III Conferencia General del Episcopado latinoamericano, en Puebla de los Angeles, capaz de recapitular la génesis, la historia, la cultura, los sufrimientos y las esperanzas de los pueblos latinoamericanos, desde su originalidad, su vida y destino. No ha habido desde entonces nuevas síntesis enriquecedoras (45).

La clausura del mundo “bipolar” dejaba estos esquemas obsoletos, que sólo podían arrastrarse por inercia en forma anacrónica. Se desmoronaron la teoría de la dependencia, teorías y estrategias revolucionarias, opciones y modelos de socialismo. No está más a la orden del día la Revolución (con esa R mayúscula, expresiva de pretensiones mesiánicas). Incapaz de crítica histórica sobre el derrumbe del “socialismo real” y de revisión crítica epistemológica de sus propios fundamentos, el marxismo ha quedado como pálido vagabundo en la historia. La crisis del socialismo deja también a la social-democracia en un pantano indefinido de referencias teóricas y estrategias políticas. La teología de la liberación, como teoría y praxis de un cristianismo inculturado en América Latina, ha quedado muda, o a lo más cansinamente repetitiva, prisioneras de sus límites y confusiones, sin autocrítica superadora, precisamente cuando hubiera podido reproponerse superando sus lastres ideológicos para bien la Iglesia y los pobres. También, poco después de la euforia del liberalismo vencedor y de sus recetas del “Consenso de Washington”, se resquebrajaba nuevamente la resurgida utopía del mercado auto-regulador, demostrando todos sus límites, contradicciones y perjuicios devastadoras (46).

En medio de un difundido desconcierto se clausuraban los dos cauces políticos predominantes del compromiso de los católicos en tiempos del bipolarismo mundial. Se agotaba culturalmente y se esfumaba políticamente la corriente social-cristiana, debilitándose mucho su perfil y significación (exigida hoy de refundación), y entraba en colapso la constelación de “cristianos para el socialismo” (y del socialismo se requeriría también una radical refundación teórica y política, por el momento inexistente).

Antes y más allá de las democracias cristianas y de los cristianos para el socialismo, la Iglesia ha convivido pacíficamente, salvo episodios clamorosos y controvertidos, con los movimientos nacionales y populares que marcaron la vida política de muchos países latinoamericanos por variadas décadas del siglo XX. A través de ellos se operó definitivamente la ruptura de las “polis oligárquicas” decimonónicas mediante procesos de incorporación económica, social y política de vastos sectores populares a la vida nacional, los cuales provenían de un “humus” católico que suscitaba adhesión o, al menos, respeto y consideración. Sin embargo, no hubo en ellos fuerzas organizadas y significativas del laicado católico que tuvieran orgánicamente un influjo especial. Actualmente estamos en una nueva fase de irrupción de sectores de excluidos - de ámbitos sociales y económicos “informales”, sectores indígena-campesinos, desocupados, etc. -, que pretenden ser representados por formas políticas de gobierno y de protesta, según una diversidad de casos, en los que perfiles culturales confusos van desde referencias genéricas y a veces instrumentales a la tradición cristiana hasta tendencias de hostilidad contra la Iglesia.

La gigantesca fase de transición de épocas que se vive es de tal magnitud y repercusión que desplaza a tercera o cuarta fila muchos libros que hasta hace veinte años se tenía que tener al alcance de la mano, y que exige replanteamientos radicales y globales. La misma Iglesia está llamada a una profunda renovación de su juicio histórico, tarea necesaria de grandes exigencias. Es lo que ha comenzado a emprender el pontificado de Juan Pablo II desde la encíclica “Centesimus Annus” (47) y que prosigue con clarividencia el pontificado de Benedicto XVI como nuevo llamamiento a “invertir” en la razón y libertad. Sin embargo, ante esa exigencia se hace más notorio un cierto déficit que se advierte entre los cristianos y las comunidades cristianas en América Latina de un discernimiento profundo y de un juicio sintético orientador respecto a la coyuntura actual, de apuestas proyectuales respecto a los próximos futuros posible de los pueblos latinoamericanos. Falta por doquier pensamiento de síntesis fuertes, falta iniciativa de mayores horizontes y largo aliento, falta meter a fuego prioridades, falta debatir abiertamente sobre lo que más importa, falta cuajar convergencias firmes, claras, motivadoras, en medio de tanta generosidad dispersa. A eso estamos llamados los cristianos, las comunidades cristianas, si pretendemos una renovada presencia y aporte en la vida pública de nuestros países y a escala regional.

Es condición necesaria (aunque no suficiente) superar lo meramente reactivo (y, por eso, reaccionario) de quienes sólo ven confusión, amenaza y peligro ante “populismos”, “indigenismos” e “izquierdismos”, o de quienes pretenden cubrir la variedad y complejidad de situaciones y desafíos con la capa de ideologismos gastados o de verborragias y tomas de posición tan iracundas como simplistas. Una cosa son las proclamas encendidas, pero otra muy diversa y mucho más compleja y difícil es el gobierno realista de la cosa pública, sus estrategias y programas de transformación y construcción, en medio de escasos márgenes de maniobra y de situaciones difícilmente controlables. Una cosa es la conciencia de un mestizaje incompleto y lacerado, y la justa reivindicación de dignidad y justicia para los sectores indígenas; otra cosa es la de un “indigenismo” anacrónico, que pretende contraponer raíces cristianas, ibéricas e indias, que se alimenta de la “leyenda negra” y pretende incluso volver a los “brujos” y “chamanes”. Es tentación la de contraponer, dividir, polarizar e insultar para reinar, pero la gigantesca obra de reconstrucción y liberación de pueblos exige contar con la mayor convergencia popular, nacional e ideal de energías. Es fácil acumular las tintas acusatorias sobre los chivos emisarios que cargan con nuestros males, pero mucho más difícil es asumir seriamente la grave responsabilidad de ir definiendo y actuando, desde las propias circunstancias, nuevos paradigmas de desarrollo, justicia y reconciliación a la altura y en las condiciones de nuestro tiempo. Es contradictorio apostar por el imprescindible desbloqueo, por una seria y radical reconstrucción del MERCOSUR y por caminar decididamente hacia nuestra anhelada Unión Sudamericana (pues solos y aislados no vamos a ninguna parte) y, a la vez, operar confusamente contra ello, reduciéndolo a retóricas confusas, a rivalidades de campanario, a la provocación o azuzamiento de dialécticas de contraposición entre países hermanos. Tenemos, por cierto, necesidad de corredores bi-oceánicos, anillos energéticos regionales, “tradings” productivos extensivos hasta la constitución compañías multinacionales sudamericanas y latinoamericanas, liberalización comercial y complementación económica entre países hermanos, unidad de intereses e ideales para negociar y conquistar nuevos mercados a 360 grados, pero tenemos sobre todo necesidad de recomenzar desde la reconstrucción de la persona y la conciencia de ser pueblo, o sea de los sujetos protagonistas de todo cambio o construcción que no se revelen efímeros o ilusorios (48).

La crisis de las formas asociativas del laicado militante

Otra faceta de ese desconcierto y vacío podría ser indicado en la crisis sufrida por formas asociativas del laicado católico, allí donde se formaron los militantes católicos con mayor protagonismo en la vida pública de las naciones. Estas formas asociativas han sido siempre muy importantes en la formación y el protagonismo de los laicos, y más aún, en las condiciones de modernización y diferenciación en sociedades cada vez más complejas. En efecto, las asociaciones se mueven, según sus objetivos y campos de acción, y gracias a la circulación de experiencias que suscitan a su interior, en ámbitos más vastos y cruciales de aquellos territoriales de la vecindad, que son los más propios de las parroquias. Tienen muchas veces dimensión nacional e incluso internacional. Se hacen presentes en los “areópagos” de la sociedad, que son las actividades y ambientes transversales, “funcionales”, de la convivencia, como los de la economía, la política, la cultura, etc. No en vano, el Concilio Vaticano II destacó su importancia y recomendó su desarrollo y fortalecimiento (49).

¿Acaso no provinieron de sectores juveniles de la Acción Católica gran parte de los líderes católicos fundadores de las corrientes social-cristianas y los partidos demócrata-cristianos en países latinoamericanos, desde la nueva síntesis “maritainiana”, dejando atrás los reductos católicos en los partidos conservadores y sus incrustaciones integristas? Paradójicamente, la Acción católica general se iba extinguiendo por muchos países de América Latina precisamente en los años sesenta, por una pérdida gradual de vitalidad y cierta incapacidad a superar formas mentales e institucionales que iban quedando anacrónicas, precisamente cuando el Concilio Vaticano II continuaba a recomendarla encarecidamente. Si aquella generación de los fundadores de las corrientes y partidos social-cristianos tuvo una fuerte experiencia de formación y participación en la Iglesia, especialmente a través de la Acción Católica, sucesivas generaciones de militantes y dirigentes concentrados en una óptica primaria, si no exclusivamente política, carecieron de aquella experiencia de pertenencia eclesial, lo que reducía la “inspiración cristiana” a una referencia inasible y abstracta, y dejada a la merced de oscilaciones entre las ideologías fuertes del mundo bipolar. La pérdida o debilitamiento de vasos comunicantes con la Iglesia, ella misma en un proceso complejo de renovaciones y secularizaciones, agudizó esa crisis (50).

En la Acción católica especializada, o de ambiente, de origen franco-belga, y de fuerte ímpetu de presencia en América Latina desde los años cincuenta, sectores estudiantiles vivieron los ímpetus de renovación que llevarían al Concilio Vaticano II y que se expresarían en la renovación conciliar. La “apertura al mundo” en pleno era del “engagement” - ¡no hay fe sin compromiso!- llevó a la primera generación “posconciliar” de laicos informados y sensibles, animados por sectores clericales renovadores, a un intenso compromiso en los ámbitos universitarios, sociales y políticos para la transformación de las estructuras de injusticia y dependencia en América Latina, en los “años calientes” que siguieron a las álgidas repercusiones de la revolución cubana. Quedaron marcados por el impacto combinado de las turbulencias de la primera fase posconciliar y las altas mareas ideológicas y de hiperpolitización desde fines de la década del sesenta. Fueron sectores, sobre todo estudiantiles y clericales, que intentaron acompañar e iluminar un compromiso político absorbente y radical desde la opción revolucionaria por los pobres, con el desarrollo de la teología de la liberación, de comunidades de base y de la así llamada “iglesia

popular”, pero quedaron bajo cierta hegemonía intelectual y política del marxismo, en boga por entonces. Su militancia en la escena pública desembocó en las corrientes de “cristianos para el socialismo”, a veces en las aventuras trágicas de las guerrillas. La pasión y crisis de buena parte de esa primera generación posconciliar de militantes “comprometidos”, que abrió muchos caminos y replanteó cuestiones importantes pero que quedó arrastrada por oleajes ideológicos muy fuertes, concluyó en frecuentes crisis de identidad cristiana y eclesial y con el abatimiento provocado por la represión de los regímenes de seguridad nacional. El derrumbe del socialismo real fue sello final de esa coyuntura histórica (51).

Desde los tiempos del gradual agotamiento de la Acción católica “general” y de la crisis de los movimientos “especializados”, muchos Obispos latinoamericanos se repetían desconcertados: “tenemos laicos, pero no un laicado”, advertían un repliegue eclesial de los laicos, sustituían el vacío asociativo con la esperanza puesta en las comunidades eclesiales de base y con la participación laical en los consejos pastorales y los ministerios no ordenados. Se habló entonces de una tendencia de clericalización de los laicos, precisamente cuando comenzaba a superarse los oleajes de secularización de los clérigos. Resultaba cada vez más notoria la desproporción entre la necesaria y generosa disponibilidad de muy numerosos laicos como animadores litúrgicos y de comunidades cristianas, catequistas, colaboradores de los escasos sacerdotes en las parroquias, “agentes pastorales” revestidos de los más diversos “ministerios no ordenados”, partícipes de varios organismos, consejos y oficinas en el ámbito eclesial, por una parte, y, por otra, la diáspora muchas veces conformista, anónima, insignificante de los laicos católicos en el mundo del trabajo y la economía, de la política y la cultura, de los medios de comunicación social, etc. A tal punto, que algunos laicos comienzan a considerar más importante para su vida cristiana, para su participación en la misión de la Iglesia, si tienen, o no, voto consultivo o deliberativo en tal o cual organismo eclesial, si pueden, o no, ejercer tal o cual función pastoral, que el hecho de estar tomando cada día decisiones importantes en la vida familiar, laboral, social y política. Correlativamente, los sacerdotes terminan considerando más a los laicos como meros colaboradores parroquiales y pastorales que mediante modalidades de educación, valorización, compañía y apoyo, por parte de la comunidad cristiana, de su presencia “secular” en búsqueda de la construcción de formas de vida más humanas (52).

La III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano destacaba una opción por los “constructores de la sociedad” (53), pero sólo daba lugar a sucesivas iniciativas más bien esporádicas.

Sólo la “nueva etapa asociativa de los fieles laicos” (54), que emerge sorpresivamente en el pontificado de Juan Pablo II a través de muy numerosos y diversos movimientos eclesiales y nuevas comunidades, que el Papa acoge, valoriza y alienta con entusiasmo (55) - así como lo sigue haciendo Benedicto XVI (56) -, y que se han ido difundiendo por las Iglesias locales en América Latina, es condición, promesa y desde ya experiencia viva de gestación de una nueva generación de católicos. En tales compañías carismáticas, educativas y misioneras, se están forjando nuevos y coherentes protagonistas de la vida pública en nuestros países en una nueva generación que tarda aún a adquirir mayor madurez de inteligencia y presencia.

El descreimiento de la política

A todo ello se añade un descreimiento de la política que está bastante difundido y que involucra también a muchos católicos. Por una parte, la imagen que la política da de sí queda muy a menudo ligada a la corporación de los políticos “profesionales” en la esfera de la “partidocracia”, enredada en juegos y ambiciones de poder más que referida al bien común, muchas veces teñida de corrupción. La realidad da buenos motivos para que se propague esa imagen. Sin embargo, influye también un cierto moralismo simplista que no logra aceptar que el ejercicio del poder es esencial a la política (¡poder para servir!), ni entender que ésta se realiza en el arte del compromiso, en el que combinan en modos variados los ideales y los intereses sociales. Por otra parte, muchos sectores sociales sumidos en diversas formas de marginalidad, se sienten lejanos de la gestión de la cosa pública y organizan sus propios ambientes de vida y actividades de trabajo, y a veces de mera supervivencia, en condiciones de “informalidad” y/o ilegalidad.

Ciertamente hay una fuerte presencia de católicos en lo que la doctrina social de la Iglesia llama “cuerpos intermedios” o que tiende a llamarse “sociedad civil”, mediante su participación en muy diversas organizaciones no gubernamentales e iniciativas de voluntariado, en corporaciones profesionales y organizaciones sindicales, en numerosas comunidades civiles a niveles locales, en asociaciones con muy diferentes finalidades educativas, culturales, hospitalarias, asistenciales, caritativas, en redes ideales de solidaridad y cooperación, etc. Se trata de una inversión significativa de “capital social” en la construcción de la “polis”, como libre respuesta asociativa a diversas necesidades que emergen del cuerpo social y valiosa contribución al bien común (57). No en vano una de las cuestiones importantes que se plantean en nuestros países es la de refundar los vínculos sociales y políticos, reconstruir el sentido de una “comunidad organizada”, revitalizar la urdimbre de la sociedad y, de tal modo, suscitar una renovada conciencia de pertenencia nacional y de participación democrática (58). Sin embargo, esa participación de los católicos en la sociedad civil no se traduce después en renovadas modalidades de expresión política (en sentido estricto).

Ciertamente hay que rehabilitar la política, que el magisterio de la Iglesia considera como una forma de caridad. Ya S.S. Pío XII hablaba de “caridad política”. Es la forma de la caridad que tiene que inspirar la presencia cristiana en instituciones, partidos y otros ámbitos de la vida pública para encauzar las transformaciones y la organización de la sociedad hacia el bien común, combatiendo injusticias y escandalosas desigualdades, emprendiendo reformas competentes y valientes, desterrando la violencia y la mentira, teniendo siempre en mira la efectiva destinación universal de los bienes y una sana ecología humana de convivencia.

Importa también a este nivel el testimonio que dan los políticos en la vida pública, en el ejercicio del poder. La traducción de las bienaventuranzas en un estilo de vida cristiana para la vida pública fue magistralmente ilustrado por la homilía del arzobispo de Buenos Aires y actual presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, el Cardenal Jorge Bergoglio, en ocasión del “Te Deum” celebrado en la catedral de Buenos Aires en la fecha patria del 25 de mayo de 2006 (59).

Los países latinoamericanos necesitan dirigentes políticos sobre todo apasionados por el bien del propio pueblo y especialmente por el de los sectores más desfavorecidos, que no antepongan sus intereses personales al bien común, con el “carisma”, talante y experiencia para conectar con la sabiduría, los sufrimientos, las necesidades y esperanzas del cuerpo social, con la competencia que se requiere para el gobierno de sociedades cada vez más complejas, con la capacidad de contar con un cierto juicio sobre la historia presente del propio país, latinoamericana y mundial, con un diseño que vaya más allá de las políticas de pequeño cabotaje, libre de toda tendencia al autoritarismo, con la magnanimidad de quien busca mayor justicia y verdad junto a la reconciliación y el perdón, capaz de sumar convergencias ideales e intereses para la mayor implicación, movilización y participación democrática de personas, familias, cuerpos intermedios, fuerzas sociales, culturales y religiosas en la construcción de la nación.

La naturaleza del acontecimiento cristiano en la vida de la persona

Si resulta fundamental repensar, reconstruir y relanzar la presencia católica en la vida pública, sería más bien patético reaccionar ante esa insuficiencia, fragilidad y dificultad, con llamamientos urgidos y repetitivos al “hay que comprometerse”. Por lo general, encuentran un terreno abonado por grandes dosis de indiferencia y utilitarismo. Los imperativos categóricos, en cuanto exhortaciones morales, muy raramente llegan al “corazón” de la persona, mueven su inteligencia y cambian su vida. Quedan como declamaciones retóricas a uso de la buena conciencia, sin consecuencias reales.

Tampoco sirve concentrar las energías en pretender sacar consecuencias morales, políticas y culturales de una fe, que se da por supuesta en condiciones cada vez más irreales, como si se tratara de una mera incoherencia moral en la vida de los católicos.

Lo que está en juego es algo mucho más originario, profundo y crucial: es la naturaleza misma y la significación del acontecimiento cristiano en la vida de las personas. El cristianismo no es, ante todo, una doctrina, una ideología, ni tampoco un conjunto de normas morales, menos aún un espiritualismo de “bellas almas”. Es un hecho, históricamente acaecido: el Verbo se hizo carne, el Misterio en que todo consiste ha irrumpido en la historia humana, Jesucristo ha revelado el rostro de Dios, que es amor misericordioso, y a la vez la vocación, dignidad y destino de la persona humana y de toda la creación, salvadas de la caducidad, de la corrupción, por su victoria pascual. Ha sido dado a toda persona, en todo tiempo y lugar, ser contemporánea de la Presencia de Cristo gracias a su Cuerpo y a su Pueblo, que es la Iglesia, la compañía de sus testigos y discípulos. Como enseña Benedicto XVI en su encíclica “Deus est Caritas”: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o por una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (60).

En el continente “católico”, la fe no es ya un patrimonio común indiscutible ni una posesión tranquila, sino un don cada vez más asediado y ofuscado por los “dioses” y los “señores” de este mundo. Cuestión prioritaria e fundamental es rehacer la fe de los cristianos. Todos estamos llamados a vivir la fe como nuevo inicio, como esa novedad sorprendente de vida, esplendor de verdad y promesa de felicidad, que reenvía al acontecimiento que la hace posible y fecunda. No es casual que el pontificado de Juan Pablo II haya comenzado con su llamado a “abrir las puertas a Cristo” y concluya con su invitación a “recomenzar desde Cristo” (61), fija la mirada en su rostro, redescubriendo toda la densidad, profundidad y belleza de su misterio, confiándose mendicantes a su gracia, conscientes de ser llamados a la santidad, desde la pertenencia al misterio de comunión que es la Iglesia, en la más inaudita “revolución del amor” que da sentido y plenitud a la historia humana. La tradición se mantiene vigente no por declamaciones retóricas o combates políticos sino convirtiéndose cada vez más en carne y sangre de nuestra vida. Todo lo demás se dará por añadidura. No hay otro camino que “recomenzar desde Cristo”, para que Su Presencia sea percibida, encontrada y seguida con la misma realidad, novedad y actualidad, con el mismo poder de persuasión y afecto, que lo experimentado hace 2000 años por sus primeros discípulos en las orillas del Jordán o hace 500 años por los “juandiego” del Nuevo Mundo. Sólo en el estupor de ese encuentro con Cristo, cuya Presencia se trasluce en el testimonio de sus apóstoles y discípulos, sobreabundante a todas nuestras

expectativas pero percibido y vivido como plena respuesta a los anhelos de verdad y felicidad del “corazón” de la persona, el cristianismo no queda reducido a una lógica abstracta sino que se hace “carne” en la propia existencia. En otras palabras, se trata del redescubrimiento, lleno de gratitud, alegría y responsabilidad, del propio bautismo como la más profunda y sublima autoconciencia de la dignidad de la persona, disminuida y ofuscada por el pecado pero regenerada por la gracia, destinada a la plena estatura de lo humano en Cristo Jesús. El Señorío de Cristo ha de ser siempre de nuevo experimentado en modo concreto, comprensible, razonable, convincente y conveniente, como certeza experimentada en la vida, en su bondad, en su belleza, en su verdad, y no como discurso abstracto y formal. Gracias a ese encuentro y seguimiento, se emprende un camino de crecimiento en la fe y de su verificación en la vida, desde la reiniciación cristiana hacia la formación de personalidades cristianas maduras. De tal modo, crece la “criatura nueva” que somos por el bautismo, hombres nuevos y mujeres nuevas, no en sentido retórico o simbólico sino desde todo su realismo ontológico, en cuanto protagonistas nuevos dentro del mundo, testigos de una vida cambiada, convertida en más humana. Es óptimo, pues, el tema aprobado por Benedicto XVI para la próxima V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano: “Discípulos y misioneros de Jesucristo para que nuestros pueblos en El tengan vida” (62).

Una sorprendente novedad de vida

Si es verdadero encuentro con Cristo, seguimiento fiel, profunda comunión, entonces cambia la vida de quienes lo encuentran. Nada puede quedar ajeno a esa “metanoia”, es decir, a esa conversión, a esa transformación de toda la existencia. Si es verdadero encuentro, cambia la vida de la persona e imprime con su impronta la vida matrimonial y familiar, las amistades, el trabajo, las diversiones, el uso del tiempo libre y el dinero, el modo de mirar toda la realidad, e incluso los mínimos gestos cotidianos. Todo lo convierte en más humano, más verdadero, más esplendoroso de belleza, más feliz. Todo lo abraza con la potencia de un amor transfigurador, unitivo, vivificante. “El que está en Cristo, es nueva creación” (II Cor. 5, 16). Lo que queda sin cambiar hace parte de nuestra carga residual de paganismo, de mundanidad. El cristianismo es llamado de Cristo a nuestra libertad; espera la simplicidad del “fiat”, como el de la Virgen María, para que, por medio de la sacramentalidad de la Iglesia, se haga carne en nuestra carne. De tal modo se convierte en totalizante, que es lo contrario de un cristianismo disociado de los intereses vitales de la persona. Esa “metanoia”, esa novedad de vida, no es resultado del esfuerzo moral, siempre frágil, de la persona, sino fruto ante todo de la gracia, o sea, de un encuentro que se vuelve amistad, comunión, confianza en el amor misericordioso de Dios y que puede llegar a exclamar con el apóstol: “vivo, pero no soy yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (Gal. 3, 19). “La síntesis vital entre el Evangelio y los deberes cotidianos de la vida que los fieles laicos sabrán plasmar – señalaba Juan Pablo II – será el más espléndido y convincente testimonio de que, no el miedo sino la búsqueda y la adhesión a Cristo son el factor determinante para que el hombre viva y crezca, y para que se configuren nuevos modos de vivir más conformes a la dignidad humana” (63).

Sólo quienes vivan la experiencia de una vida materialmente cambiada por la fe, no obstante las propias incoherencias y miserias, siempre confiándose a la misericordia de Dios, se convertirán en auténticos sujetos que hagan presente el cristianismo en todos los ámbitos de la vida personal y la convivencia social. En ese cambio profundo de la persona reside la experiencia originaria que hace posible y fecunda toda transformación social. Parece un objetivo ínfimo, desproporcionado, si se miran los grandes escenarios y problemas globales. Sin embargo, se trata de abandonar la utopía, intrínsecamente engañadora, de que este modelo o aquel sistema, por la sola virtud de sus mecanismos, pueda sustituir el cambio requerido en el “corazón” de la persona, en sus actitudes y comportamientos, y lograr la transformación cualitativa de la persona. Es vana y engañosa la espera de un “cambio global de estructuras”, generador del “hombre nuevo”, donde todo será justicia y felicidad. Pesa siempre una servidumbre interior, un desorden radical de la persona, que no puede ser rescatado con meras reformas de estructura y de las relaciones sociales. El realismo cristiano se propone ante todo rescatar una y otra vez, sin pausas, a la persona y sus obras, congénitamente frágiles, reformables, mejorables. Sabe que el mal no tiene la última palabra. Existe un destino bueno y misericordioso que salva al hombre de sus límites, incluso de la muerte. La vida no se concluye en una “pasión inútil” - como afirmaba Sastre -, lo que sería el máximo de la irracionalidad, de la injusticia, de la iniquidad. Es esta certeza lo que ayuda a la persona siempre a recomenzar: éste es el germen y el ímpetu más potente de esperanza, de cambio real en la vida de la personas y los pueblos.

El cristianismo como radical y global inteligencia de la realidad

Condición para una renovada presencia de los católicos en la vida pública es que toda su existencia quede transformada y animada por el Evangelio de Cristo. Esa novedad de vida que va configurando toda la existencia se vuelve una nueva sensibilidad, una modalidad nueva de mirar, afrontar y discernir toda realidad. No faltan, en verdad, los católicos que viven con seriedad su cristianismo en las condiciones ordinarias de su vida familiar y laboral, pero cuya mirada sobre la realidad pública de las naciones queda prisionera y ofuscada por los diafragmas transmitidos por los poderes políticos, culturales y mediáticos. Los hay devotos pero incongruentes en la vida pública. Más aún, los hay quienes consideran que baste una genérica referencia a la tradición cristiana, a los “valores” cristianos, a una “inspiración cristiana”, en cuanto “input” subjetivo para actuar en la vida política y social. Otros aún consideran que la teología es para lo religioso como las ciencias sociales para los análisis de la realidad

social, desconociendo, por una parte, que las grandes teorías y modelos macro-sociales implican, por lo general de modo inconsciente, una filosofía de la historia e incluso una teología y, por otra, reduciendo la pretensión de verdad y el contenido cognoscitivo que tiene el cristianismo.

En efecto, si Dios existe y es el "Logos", o sea, la racionalidad última de toda la realidad, ¿cómo no considerar lo religioso como la dimensión más radical, global y decisiva de la existencia de las personas y de la convivencia social? Construir la sociedad sin Dios, contra Dios, es construirla contra el hombre. Y si Dios se ha revelado en Jesucristo, ¿cómo no considerar el acontecimiento de la encarnación de Dios como el hecho más capital de la historia humana, la clave de la inteligencia de toda la realidad? (64)

Esta pretensión de verdad no se reduce a una fórmula intelectual, a un razonamiento filosófico o a una cosmovisión ideológica, sino que se identifica con una persona que ha dicho de sí: "Yo soy la verdad", "yo" la verdad del cosmos y de la historia, "yo" la clave más radical y total de la realidad, "yo" el significado y destino de la existencia humana, ¡"yo" el sentido de tu vida! No hay otra alternativa: o es la afirmación de un loco o es sorprendentemente verdadera. A nosotros, cristianos, que hemos recibido esa revelación por el flujo de una tradición viva de 2000 años y que la hemos experimentado como verdadera en la propia vida, nos toca, ¡nada menos!, proponer esta "hipótesis" y demostrar su razonabilidad, auscultando, discerniendo e integrando las múltiples aproximaciones a la verdad y los signos de bien y de belleza que se dan en la aventura humana.

Nuestra certeza como católicos es que Cristo constituye el centro efectivo de la realidad histórica y la piedra angular de toda construcción auténticamente humana, y, por ende, la Iglesia católica. La pertenencia al Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, es la referencia ineludible como juicio nuevo y original sobre propia vida y sobre toda la realidad. Cuando esa pertenencia resulta frágil en la conciencia y en la vida, no se da ese juicio original (la fuerza purificadora de la fe respecto a la razón), por lo que se termina por resultar subordinado a las instancias dictadas vez por vez por el poder y los intereses dominantes. La inteligencia de la fe ha de iluminar radicalmente la inteligencia de la realidad.

Quienes no crean en esta hipótesis al menos tienen que aceptarla como punto de partida. Rechazar esta posibilidad en cuanto tal sería prejuicio. Pretender imponerla sin más sería violencia. Ella es la certeza que tiene que animar a los cristianos en la vida pública de las naciones y en el orden internacional, y que no los exime sino que, al contrario, les exige y los impulsa a auscultar los "signos de los tiempos", a apreciar los auténticos logros en los campos del conocimiento, de las ciencias y de la convivencia, a crecer en competencia y sabiduría en el afrontar las cuestiones sociales, a emprender diálogos de 360 grados, a elaborar síntesis culturales siempre provisionarias y a colaborar abiertamente con quienes buscan el bien de la persona, la familia y los pueblos. Es una "hipótesis de trabajo" que ha de traducirse en argumentación racional y verificarse según la capacidad de persuasión y movilización en los diversos ámbitos de la vida pública, desde las coyunturas históricas concretas en que se vive.

Doctrina social de la Iglesia y proyecto histórico

Se requiere siempre en la Iglesia una inteligencia cristiana del tiempo presente, que es a la vez "católica" - porque no hay institución más universal y global que la Iglesia - y situada en los distintos ámbitos de su encarnación. No puede estar ausente un juicio cristiano, católico, sobre los tiempos que nos toca vivir en una América Latina cada vez más integrada en circuitos globales. Cuando este juicio falta, se debilita intrínsecamente toda forma de participación de los fieles en la vida pública.

El juicio cristiano ante el momento histórico que nos toca vivir y la renovación de nuestra presencia y aporte encuentra un alimento sustancial en las enseñanzas y orientaciones de la Doctrina Social de la Iglesia. Es el fruto del encuentro del Evangelio con los problemas que van surgiendo en la vida social. Pertenece desde siempre a la tradición de la Iglesia, flujo de caridad al encuentro de las necesidades de los hombres. Con la encíclica "Rerum Novarum" entró en una fase moderna de codificación orgánica bajo las repercusiones de la constitución y desarrollo de las ciencias sociales, la difusión de la revolución urbano-industrial y el surgimiento de nuevos movimientos históricos e ideológicos, que plantearon exigencias y retos para la renovación de la misión de la Iglesia. Desde entonces, "se ha formado ya un corpus doctrinal renovado, que se va articulando a medida que la Iglesia, en la plenitud de la Palabra revelada por Jesucristo y mediante la asistencia del Espíritu Santo", con la ayuda de la razón y las ciencias sociales, afronta los problemas de las diversas coyunturas históricas (65). Sufrió una fase de eclipse en la conciencia de muchos cristianos durante la primera fase de impacto del Concilio Vaticano II, pero fue profundamente renovada durante el pontificado de Juan Pablo II, en sus fundamentos teológicos, antropológicos y culturales, y en su adherencia histórica. Recientemente ha sido recopilada sistemáticamente con el "Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia católica" (66).

Ahora bien, una renovada presencia de los católicos en la vida pública requiere la más plena integración de las enseñanzas sociales de la Iglesia en la catequesis y en la formación cristiana. Requiere fundamentalmente por parte de los laicos su estudio sistemático, su asimilación fiel y su asunción como criterio de juicio y acción.

Requiere asimismo que su referencia no se reduzca a la repetición abstracta y mecánica de sus “principios” - dignidad de la persona humana, subsidiariedad y solidaridad - sino que estos principios se traduzcan y transformen en hipótesis razonable y adecuada para afrontar, con inteligencia, competencia y audacia, los problemas y retos de la actual situación latinoamericana.

Bajo esta luz, la Iglesia tiene que alentar cierto proyecto histórico en nuestras circunstancias, enfrentando algunas cuestiones que emergen como decisivas (67):

- Ante todo, **apuesta por la educación de la conciencia de la persona, de su vocación, dignidad y destino**, de la grandeza del ser, del don y drama de la libertad, de sus constitutivos deseos de verdad y “sentido”, de bien, comunión, belleza y justicia. La Iglesia siempre comienza y recomienza de la persona: la persona, una e dual, cuerpo y alma, varón y mujer, individuo y comunidad. Hoy se trata del desafío crucial de salvaguardar y educar su dignidad trascendente para no quedar reducida a partícula de la naturaleza o elemento anónimo de la ciudad humana (68). Esa dignidad de la persona se expresa en sus derechos originarios, inviolables, que descienden directamente de su propia naturaleza humana. Constituyen un derecho natural que viene primero, ontológica y axiológicamente, que el derecho positivo y al que la norma estatal debe tender como al propio ideal. Son el fundamento de toda democracia, el a priori del paradigma democrático. Presupuesto de todos los demás es el derecho a la vida, desde la concepción hasta la muerte natural pasando por todas las fases de la existencia, baluarte hoy contra las amenazas de una “cultura de muerte” que se plantea desde proyectos “neomalthusianos”, de “darwinismo social”, con auxilio de tecnologías libradas a la mera factibilidad, disociadas de la ética. Eje primordial de todas las libertades y solidaria con ellas es la libertad religiosa, que se expresa indisolublemente en la “libertas ecclesiae”, garantía de esa dignidad trascendente de la persona ante toda pretensión absorbente y determinante del Estado. Los cristianos han de estar en la vanguardia de la custodia y universalización de esos derechos naturales de toda persona humana. En la misma génesis del Nuevo Mundo está aquella primera predicación profética documentada, la del fraile Montesinos a los primeros colonizadores españoles, en defensa de los indios: “¿No son hombres como vosotros?, ¿no tienen almas racionales?, ¿no estáis obligados a amarlos como a vosotros mismos?” (69). Jamás puede aceptarse la reducción y manipulación de la persona como pieza de recambio biológico, fuerza bruta, instrumento, número o cosa. Estado y mercado tienen necesidad no sólo de ciudadanos-súbditos o de productores-consumidores, sino de sujetos libres que afronten toda la realidad con anhelos de verdad y felicidad, que son los más grandes recursos de humanidad. Ni Estado ni mercado pueden últimamente satisfacerlos, pero no intentar impedirlos sino crear las condiciones para que puedan tener fecundos desarrollos. Por eso mismo, toda situación, programa y proyecto en la “polis” han de ser juzgados bajo la luz de ese parámetro antropológico. La auténtica riqueza de una nación se fragua en la educación de sus hijos - que es la mejor inversión -, en el cultivo de su razón y libertad, en su aptitud al sacrificio en el don de sí, en su capacidad de iniciativa, laboriosidad y emprendimiento, de construcción solidaria. No en vano cada vez se está valorizando más el capital humano como factor primordial de todo emprendimiento. La persona es la fuerza de la sociedad, del Estado, de la misma Iglesia. No encuentra más radical ni sublime fundamento de dignidad que el ser creada a imagen y semejanza de Dios. Esta dignidad se radicaliza y se eleva cuando por el don de la fe se confiesa que “el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado” (70), es decir, que Cristo, el hombre perfecto, ha revelado y hecho posible la verdadera estatura de la persona humana. Por eso, donde se ofusca la fe en Dios, creador del hombre y hecho hombre, “entra en crisis el más profundo motivo de reconocimiento de la dignidad originaria de todo ser humano” (71).

- **Reconstrucción de la persona es también reconstrucción de los vínculos de pertenencia y convivencia**, según la dialéctica de la amistad-gratuidad-comunión (pertenencia a un pueblo, una cultura, una familia, una nación, ¡al pueblo de Dios en la Iglesia del Señor!). Por eso, la Iglesia vincula la tarea de reconstrucción de la persona y la custodia de su dignidad a la batalla por **el bien y verdad de la estructura natural de la familia** – como unión entre varón y mujer, fundada en el matrimonio -, célula natural y fundamental de toda construcción social, expresión primera de la comunión entre las personas, comunidad de vida y amor, escuela de humanidad, sometida actualmente a radicales y sistemáticas agresiones. La realidad familiar es medida de la calidad de vida de un pueblo, de una auténtica “patria” – común paternidad y maternidad -, de una nación – de “natio”, filiación y fraternidad más allá de la estirpe-. En efecto, la familia es el arquetipo de una sociedad fundada en el reconocimiento de cada y de toda persona, en que la verdad de la persona se expresa como don, como gratuidad de un amor compartido, como transmisión y custodia generosa de la vida, como crecimiento en humanidad, como escuela de actitudes y comportamientos de respeto, perdón, reconciliación, paz, laboriosidad y solidaridad, decisivas para la convivencia social. Por eso, es primordial el derecho de los padres a educar a sus hijos. La agresión contra la familia se resuelve siempre en grave atentado contra el bien de las personas y de la comunidad nacional. Por eso, S.S. Benedicto XVI señaló esos temas referidos a la custodia de la vida desde la concepción a la muerte natural, al matrimonio como estructura natural de relación varón-mujer y a la libertad educativa de los padres como cuestiones que son para la Iglesia católica, y para todos los que se confiesen católicos, irrenunciables y no negociables para bien de la vida pública de las naciones (72). La batalla por el bien y la verdad de la familia es la base y a la vez está incluida en la tarea de **reconstrucción del tejido social** a través de lo que la doctrina social de la Iglesia llama “cuerpos intermedios”. Al servicio de la persona, la familia y la sociedad, de la pluralidad de sujetos sociales y de la vitalidad de sus asociaciones y obras, de sus iniciativas e ideales, el Estado,

en vez de pretender enyesar la realidad con cada vez más sofisticadas y costosas ortopedias, está llamado a promover los espacios de una mayor realización de los derechos de libertad, de asociación operativa y constructiva, de auto-organización popular y de participación democrática desde la “base” en la vida de las naciones. Aquí está en juego el principio de subsidiariedad, cada vez más planteado en los debates públicos. El principio de subsidiariedad quiere ser cauce de promoción y movilización de las energías vivas y responsables de las personas y las formaciones sociales para que el tejido social no se desfibre en el anonimato o en una masificación impersonal, lo que deja al individuo a merced de las pretensiones del poder (73). Esto es cosa bien diferente de la actitud de quienes todo lo esperan e incluso pretenden del Estado con mentalidad rentista, asistencialista, corporativista y parasitaria, y de quines todo lo esperan del mercado, aunque deje a los más como meros consumidores y, peor aún, como desocupados y excluidos. Depositar toda la confianza en los aparatos burocráticos del poder o en la “mano invisible” del mercado, haciendo abstracción de la dignidad y participación de los sujetos reales – personas, familias, asociaciones, empresas, sindicatos...pueblo organizado – arriesga corromper las fibras morales, erosionar la consistencia democrática real y bloquear las potencialidades de la economía de mercado. ¿Quién puede pensar que los enormes problemas, desafíos y tareas que plantea el desarrollo de sociedades complejas pueden ser enfrentados sólo con la estrechez de la dialéctica Estado-mercado? Se trata de rehacer el tejido familiar y social, y reconstruir la experiencia y conciencia del pueblo como sujeto de su propio destino (74).

- **Apuesta por la búsqueda de nuevos paradigmas de desarrollo**, no obstante los escasos márgenes de maniobra. Se desplomó la utopía marxista con el desmoronamiento de los terribles regímenes del socialismo real y vuelve a resquebrajarse la utopía de la autorregulación del mercado. Son callejones sin salida de la modernidad ideológica. Por eso, es necesario ir elaborando y llevando a cabo nuevos paradigmas de desarrollo, arraigados en la cultura de nuestros pueblos, con nuevas sinergias Estado-mercado-sociedad-comunidad organizada. Al respecto parece de primera importancia el cultivo del capital humano y social; la elevación de los niveles educativos en cantidad y calidad, la actualización y promoción de la formación técnico-profesional y el desarrollo de instituciones excelentes de investigación científica y tecnológica; la exigencia de un persistente crecimiento económico auto-sostenido alimentado por la innovación tecnológica y modernización de los sectores productivos con alto valor agregado, por una multiplicación de iniciativas y redes empresariales, de creación de trabajos e incremento de la productividad, de apertura de nuevos mercados; la permanente búsqueda de modalidades incisivas, eficaces y cada vez más amplias de inclusión social y laboral, de combate contra la pobreza y de superación de estridentes y escandalosas desigualdades, con el apoyo de políticas de inversión y gastos sociales superadoras de los asistencialismos cuando clientelísticos y desgastadores de la virtud de la laboriosidad; la consolidación de condiciones de legalidad, orden, seguridad, honestidad, transparencia, desburocratización y eficiencia en administraciones públicas, que sepan ser promotoras y no sofocantes de las actividades económicas y de una sana convivencia social.

- **Apuesta por la integración sudamericana y latinoamericana**. Sin integración económica y política, nuestros países latinoamericanos no cuentan ni van a ninguna parte; quedan condenados a los márgenes tumultuosos y empobrecidos de la historia, a ciclos periódicos de depresión y violencia. Y los procesos de integración han dando pasos de gigante en los últimos veinte años, no obstante los previsible “impasses”, los caminos zigzagantes, las graves dificultades y las contraposiciones y discordias crecientes a nivel latinoamericano. La dinámica primordial de integración pasa por la refundación, reestructuración y relanzamiento del eje fundamental del Mercosur, junto con la Comunidad Andina, para encaminarse hacia el horizonte de la Comunidad o Unión Sudamericana, estrechándose también vínculos con México, el Sistema de Integración Centroamericano y la Comunidad del Caribe, en el horizonte de la “Patria Grande” latinoamericana”. Ya no es más mera utopía bolivariana, pero sí un largo y arduo camino, como la única posibilidad real de alcanzar un “poder intrínseco”, imprimir un desarrollo auto-sostenido y justiciero y contar efectivamente en el nuevo orden internacional en ciernes y en las complejas negociaciones a 360 grados (75). ¿Acaso S.S. Pío XII no apostó decididamente por la unión europea en una fase crucial, no obstante las enormes dificultades de reconstrucción y reconciliación después de la segunda guerra mundial? La Iglesia, que es sacramento de comunión, tiene una tarea fundamental como re-generadora de pueblos unidos desde la misma fe y tradición católica, comunes orígenes y vicisitudes históricos, semejante sustrato cultural y lingüístico en la diversidad, y un destino común. Desde “Medellín”, “Puebla” y “Santo Domingo”, esa perspectiva y compromiso ha estado siempre presente. Es “grave responsabilidad” - afirmó S.S. Juan Pablo II en la inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado – “favorecer el ya iniciado proceso de integración de unos pueblos a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia” (76). Todo silencio o escepticismo al respecto sería un retroceso grave en el testimonio y servicio de la Iglesia en América Latina. La integración política y económica sólo marchará adelante si está sostenida, no por esquemas ideológicos o meras relaciones de poder, sino por un trabajo educativo y una perspectiva cultural que la arraigue en los pueblos como sus auténticos protagonistas.

- **Apuesta por custodiar las frágiles democracias en el positivo proceso de democratización** del último cuarto de siglo. El afianzamiento de las instituciones públicas, el respeto de la legalidad, el libre ejercicio democrático y la dialéctica entre gobierno y oposición, el reconocimiento práctico de los derechos y libertades ciudadanas, etc. van abriéndose camino, pero esa mera enunciación da cuenta cabal de lo mucho que falta para

sedimentar y realizar más efectivamente esos objetivos. Además, existen actualmente en algunas situaciones del sub-continente peligros reales y graves de deriva autoritaria, alimentados por exasperaciones e intemperancias, mazacotes ideológicos, verborragias virulentas, insidias violentas, demonización de toda oposición. La “libertas ecclesiae”, que está en el origen y es solidaria de todas las libertades, es un criterio seguro y sensible para estar alerta y vigilante respecto a todo desborde autoritario. Punto crucial es la libertad educativa. No se puede acallar la voz y la contribución de la Iglesia respecto a cuestiones cruciales de la convivencia nacional. Demasiado han sufrido los pueblos latinoamericanos por las dialécticas de violencia y represión. La Iglesia es custodia, entre otras instancias ciudadanas, de las libertades y derechos humanos naturales, de la educación a la paz y del servicio de pacificación. Es custodia de las personas, que no tienen como referencia última ni el Estado ni el mercado; y es custodia de los pueblos, para que no vivan en la inseguridad y arbitrariedad y puedan ser actores, con el mayor consenso nacional e ideal, de energías y grandes tareas de reconstrucción, desarrollo y liberación.

En los distintos ámbitos de la vida pública

La familia, el trabajo, la educación y cultura, así como la política son dimensiones connaturales de la vida de la persona en la sociedad, campos fundamentales para la construcción social, ámbitos en los que está primordialmente en juego el reto de una convivencia más humana (77). Son, pues, bancos de prueba de la presencia de los católicos en la vida pública, del testimonio de novedad de vida que transmiten y de los compromisos como partícipes de la construcción del “bien común”. En estos campos de la convivencia humana se verifica la adherencia y el influjo del Evangelio en la vida de las personas y los pueblos. Las comunidades cristianas han de ser lugares educativos para el crecimiento de fieles laicos adultos, cuya madurez cristiana se expresa en la viva conciencia de las exigencias de la fe en todos estos ámbitos de vida. Ningún bautizado puede considerarse ocioso o indiferente ante estos desafíos que conciernen su propia vida, y su propia vida de cristianos. La modalidad con la que los laicos católicos afrontan estas dimensiones de la vida personal y social tiene que derivar de un ímpetu de caridad, que es también ímpetu misionero “ad gentes” y de servicio a las personas y a la sociedad.

No sólo con la actividad política se construye la “polis”, sino también con las más diversas iniciativas de los cristianos o en la que colaboren los cristianos en el orden de la cultura y la cualidad de vida, del apoyo y promoción de una auténtica vida familiar, de la dignificación y extensión del trabajo para todos como clave de la cuestión social, del empeño en la tarea fundamental de la educación formal e informal desde una hipótesis de crecimiento y sabiduría, del cultivo científico y tecnológico al servicio de la persona y de los pueblos, del ejercicio de la comunicación social desde una pasión por la verdad, del desarrollo de las artes como expresión de la belleza, de la atención a los enfermos, a los desvalidos, a los más desamparados como ineludible exigencia de caridad.

Necesidad de compañía

Esta renovada, exigente y coherente presencia de los católicos en la vida pública no puede reducirse a la de “francotiradores” aislados, en diáspora, desde testimonios de individualidades ejemplares hasta quienes sencillamente hacen lo que pueden...Esta situación es tan común que frecuentemente los mismos Obispos conocen escasamente los “recursos humanos” con los que cuenta la Iglesia en los diversos campos de la empresa, de la investigación científica, del periodismo, del sindicalismo, de la creación artística, etc. Todavía prevalece a menudo la actitud eclesial de tomar distancia de los católicos comprometidos en la vida política por el temor de no confundir la libertad de la Iglesia respecto de las opciones que ellos asumen. Es poco frecuente que los Pastores convoquen a políticos, a empresarios, a sindicalistas, y podríamos enumerar aún en otros ámbitos de la vida pública, por una parte, para conocerlos, escucharlos, consultarlos, valorizar su testimonio y competencia, “utilizarlos” (en el mejor de los sentidos) y, por otra, para confirmarlos y alimentarlos en la fe, para reunirlos en tiempos de oración y retiro espiritual, para compartir con ellos las enseñanzas de la Iglesia, para afrontar desde una profunda inteligencia cristiana problemas concretos y cruciales que se plantean en la actualidad. A veces se han creado capellanías para acompañar a los católicos en los distintos ámbitos de la vida pública.

Faltan, por lo general, lugares y tiempos eclesiales que sean aptos y fecundos para esa compañía cristiana, esa alimentación de la fe, ese enriquecimiento en la comunión y misión. La participación en la comunidad parroquial, y especialmente en la misa dominical, es muy importante, pero muchas veces no es suficiente como respuesta a las necesidades que advierten los católicos comprometidos y absorbidos en los diversos campos de acción y debate en la vida pública. Los movimientos eclesiales resultan, por lo general, compañías y lugares educativos más adecuados, en cuanto comunidades vivas que abrazan más concretamente la vida de las personas en sus diversas dimensiones a la luz de la razonabilidad de la fe. En algunos lugares se ha emprendido la creación de escuelas de formación política de los cristianos, pero no parece ser una iniciativa muy congruente con la misión de la Iglesia, y además sus resultados se revelan bastante estériles o al menos escasos. Es obvio que a este nivel cabría esperar una contribución mucho más sistemática, interdisciplinaria e incisiva por parte de

las instituciones católicas de enseñanza y especialmente de las Universidades católicas. Importa también escoger bien los “maestros” y los recursos intelectuales aptos para alimentar esos compromisos cristianos.

Tensión a la unidad

En fin, tiene que prevalecer una tensión hacia la unidad entre los católicos que operan en los diversos ámbitos de la vida pública. Es muy mal síntoma que los católicos que asumen responsabilidades políticas, empresariales, sindicales y en otros campos de la vida pública no sientan la necesidad y exigencia de encontrarse, y encontrarse porque unidos por algo que importa mucho más radicalmente e totalmente que las diferentes vinculaciones y opciones que se tomen legítimamente en dichos ámbitos. Si se pertenece a un misterio de comunión, más profundo, decisivo y total que los mismos vínculos de sangre, a mayor razón esta pertenencia es anterior, preeminente e interior a cualquier legítimo pluralismo temporal entre los católicos. La experiencia de esa pertenencia no es algo agregado a otras formas de asociación. Eso sería vivir la Iglesia, no como miembros del Cuerpo de Cristo, sino como meros participantes de una institución de finalidades religiosas y morales. La Iglesia no es eso; es don de Dios, creación del Espíritu Santo, cuerpo de Cristo que prolonga su presencia y nos abraza en su sacramentalidad, reuniendo a todos los bautizados en el “misterio tremendo” de una unidad sorprendente que el mundo no puede darse con sus propias fuerzas y que es testimonio indispensable para que el mundo crea. La fragilidad y reducción de esa experiencia de pertenencia hace que la Iglesia no sea más el lugar de donde proceden, se verifican y alimentan los criterios que iluminan los propios comportamientos y opciones de los laicos en la vida pública. Solo la experiencia de la comunión – no el aislamiento o la diáspora en el mundo – genera e irradia libertad y originalidad ante las presiones amoldantes del medio ambiente. Si no, predominan los reflejos ideológicos, los prejuicios de determinadas estructuras mentales o los intereses dominantes en diversos sectores sociales. Por el contrario, la experiencia de comunión – que encuentra su fuente y ápice en la Eucaristía – tiene que dilatarse como unidad sensible manifiesta de los cristianos en todos los ambientes de la convivencia humana. Más están los cristianos en las “fronteras” de la política, la ciencia, la cultura, la lucha social... más resultan impactados y cuestionados por desafíos complejos..., más abiertos al diálogo, a la colaboración y a la confrontación con gentes de muy diversas creencias e ideologías..., más han de estar vitalmente, intelectualmente y espiritualmente arraigados en el concreto cuerpo eclesial.

Esta común pertenencia a la comunión eclesial debe ser experimentada como mucho más apasionante y determinante para la propia vida que cualquier otro interés material, afectivo o espiritual, que cualquier otra solidaridad social, política, cultural o ideológica. Entonces sí se dan las condiciones para un testimonio de la unidad en la pluriformidad. La adhesión a la unidad en lo esencial - es decir, la plenitud de la fe católica, en toda su verdad y en todas sus dimensiones – y la tensión a la unidad en los diversos ámbitos de vida pública – para dar testimonio de la comunión a la que todos los hombres están llamados -, permite superar los círculos viciosos entre quienes pretenden atribuir exclusivamente a sus propias opciones contingentes el carácter de católico y quienes caen en pluralismos disgregantes caracterizados por el relativismo cultural y moral. Por una parte, la doctrina social de la Iglesia no ha pretendido nunca transformarse y traducirse en una ingeniería social pre-fabricada y dispuesta al uso, con la pretensión de formular “soluciones concretas, y menos soluciones únicas, para cuestiones temporales que Dios ha dejado al juicio libre y responsable de cada uno” (78). Por otra parte, hay puntos irrenunciables e incluso no negociables para el compromiso de los católicos en la vida pública. No es que los católicos puedan asumir cualquier tipo de opción, pues las hay que contradicen la fe que profesan. No todas las concepciones de la vida tienen igual valor. “Una concepción relativista del pluralismo no tiene nada que ver con la legítima libertad de los ciudadanos católicos de elegir, entre las opiniones políticas compatibles con la fe y la ley moral natural, aquella que, según el propio criterio, se conforma mejor a las exigencias del bien común” (79). Los católicos tienen que saber aceptar los puntos firmes y las posiciones comunes que tienen que compartir ante cuestiones sociales que ponen en juego opciones éticas fundamentales, o ante momentos en que lo requiere el bien supremo de la nación, o ante coyunturas de vida eclesial que impongan una indicación prudencia que sea unitaria. Saben también discernir y reconocer que una misma fe puede conducir a compromisos y opciones diversas (80) ante una diversidad de circunstancias y una pluralidad de interpretaciones y caminos para la búsqueda del bien humano y social. La importancia primordial de esa experiencia de comunión se traduce, en fin, en el encuentro en sede eclesial de católicos que han asumido una pluralidad de opciones legítimas, que no se “excomulgan” recíprocamente sino que saben interrogarse conjuntamente, a la luz de la verdad y la caridad, lo que pueda responder mejor al plan de Dios y, por eso, al servicio de los hombres y los pueblos.

Urge, pues, concentrar inversiones educativas y pastorales en la formación y compañía de nuevas generaciones de militantes católicos, que den testimonio con su presencia coherente, con su competencia y creatividad, con sus obras, un valioso servicio a las personas y a la sociedad. Más allá de todo mimetismo mundano, de todo repliegue intimista, de todo encierro eclesiástico, de toda evanescentia espiritualista, de toda reducción moralista, los “christifideles laicos” están urgentemente llamados a ser protagonistas nuevos dispuestos a generar nuevas formas de vida y a abrir nuevos caminos de convivencia, arriesgando bajo la propia libertad y responsabilidad, sostenidos por comunidades cristianas y guiados por los Pastores, en la pluralidad de estilos y opciones en que se realiza legítimamente la unidad.

Sin pretensión de hegemonías

Los cristianos participan, junto con todos los demás ciudadanos, en la vida democrática de nuestros países; están todos llamados a empeñarnos en el intento continuo de búsqueda del bien común. Están siempre abiertos al diálogo y a todas las colaboraciones posibles. No pretenden ni buscan dominios ni hegemonías. Todo lo contrario; en todos los ámbitos son testigos, pregoneros y custodios de la libertad, que es bien precioso de todos y “para la que Cristo nos ha liberado”. Eso sí, no pueden dejar de contar con la fe como factor originario y energía indomable para afrontar toda la realidad.

La conciencia de la propia vocación y misión no los separa ni los aleja de esa búsqueda con todos los demás. Al contrario, imprime una mirada atenta y un ímpetu vibrante capaces de exaltar todo el bien que se encuentra más allá de los propios confines confesionales y de valorizar todas las convergencias que sean para bien de las personas, familias y naciones. El método es el de “examinarlo todo y quedarse con lo bueno” (cfr. I Tes. 5,21).

En la misión de la Iglesia...el destino de los pueblos

No hay mejor servicio a la vida de los personas y los pueblos, a la vida pública de las naciones, que el de la misión evangelizadora de la Iglesia. No hay construcción verdaderamente humana - construcción de la persona y la sociedad - si Cristo no es reconocido y puesto como la “piedra angular”. Cristo lo da todo y no quita nada - como afirmó S.S. Benedicto XVI en la primera homilía de su pontificado - de lo que es auténticamente verdadero, bello y bueno para la vida de las personas, los pueblos y naciones (81). “Sólo de Dios - dijo Benedicto XVI en Verona - puede venir el cambio decisivo del mundo” y la “inauguración de un mundo nuevo, que penetra continuamente nuestro mundo, lo transforma y lo atrae a sí” (82). Es la “revolución del amor”, de la que habló el Papa a los jóvenes en Colonia (Alemania), más fuerte que todo límite y opresión, victoria sobre la muerte (83).

Más extensa y profundamente cala la evangelización en el corazón de las personas, en vida de las familias, en la cultura de los pueblos, más se expresa como servicio orientador en la vida pública de las naciones. Más la fuerza del Evangelio alcanza y transforma “los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad” (84), más su evangelización llega a ser fuente de construcción civilizatoria y societaria. Más ayuda a encontrar y experimentar la paternidad misericordiosa de Dios, más imprime en el hombre la conciencia y el ímpetu de la fraternidad, solidaridad y comunión.

La mayor amenaza, pues, para la Iglesia no reside en hostilidades y ataques de poderes mundanos - no puede no sufrir persecuciones, como su Señor, que prueba los espíritus y la va templando con su gracia - sino, utilizando la expresión del cardenal Joseph Ratzinger en una reunión de Obispos latinoamericanos en Guadalajara (México), “en el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad” (85).

No en vano Juan Pablo II clamó por una “nueva evangelización”, ante todo en América Latina (86). Nuestro catolicismo está hecho aún de pueblo, portador de vida y esperanza, y no se reduce a la diáspora de minorías significativas en medio de una tendencia hacia una silenciosa apostasía de masas. “Recomenzar desde Cristo”, para que el Señor nos guíe a vivir la unidad entre verdad y amor - una fe amiga de la inteligencia y una caridad apasionada por el bien de los hombres y en primer lugar por los pobres y los que sufren - es el más importante programa personal y el mejor servicio a la sociedad.

En efecto, el destino de los pueblos latinoamericanos y la misión de la Iglesia católica están en gran medida entrelazados, al menos para el actual siglo XXI. Si cae en reflujos la tradición católica, si no se procede a un intenso trabajo de educación en la fe, si no se desatan realmente energías misioneras para una “nueva evangelización”, y si esa tradición católica no se convierte en alma, inteligencia, fuerza propulsora y horizonte de un auténtico desarrollo, de mayor justicia y fraternidad, de crecimiento en humanidad, sufren y pierden nuestros pueblos. Y si nuestros pueblos quedan sometidos a ciclos periódicos de depresión y crisis, de inicuas desigualdades y vastos ámbitos de pobreza, de crecientes violencias, de idolatrías y mesianismos temporales, de marginalidad en el concierto mundial, sufre la catolicidad.

Dios no pone ante tareas imposibles ni prueba más allá de las fuerzas humanas, sino que socorre con su gracia toda desproporción y fragilidad. Por eso, el gesto primero, el más verdadero, el más eficaz, es ser siempre el de mendigos de su gracia, implorando que sepamos reconocer el don de su Presencia y que su gloria resplandezca en la vida personal y en la convivencia social de todos los latinoamericanos.

NOTAS

- (1) S.S. Benedicto XVI, discurso a la IV Asamblea nacional de la Iglesia italiana, Verona, 19.X.2006. Nota: al no contar aún con la traducción oficial en español de este discurso, la traducción incorporada es del autor.
- (2) www.vatican.va/spirit/documents, De la *Carta a Diogneto*.
- (3) Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et Spes*, n. 1.
- (4) S.S. Benedicto XVI, discurso citado en Verona.
- (5) S.S. Juan Pablo II, encíclica *Redemptor Hominis*, n. 10, Vaticano, 1979.
- (6) S.S. Pablo VI, exhortación apostólica *Evangelii Nuntiandi*, n. 14, Vaticano, 1975.
- (7) S.S. Benedicto XVI, discurso citado en Verona.
- (8) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 42.
- (9) S.S. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 31.
- (10) S.S. Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, n. 10.
- (11) Congregación para la Doctrina de la Fe, Instrucción *Libertatis Nuntius*, Vaticano, 1984.
- (12) S.S. Juan Pablo II, homilía en la Misa de inicio de su ministerio petrino, 22/10/1978.
- (13) S.S. Juan Pablo II, discurso a la Asamblea nacional de la Iglesia italiana en Loreto, 11/4/1985; es citación retomada explícitamente por S.S. Benedicto en Verona.
- (14) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 76.
- (15) S.S. Benedicto XVI, encíclica *Deus caritas est*, Vaticano, 2006, n. 28.
- (16) III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, nn. 445-446.
- (17) Id. nn. 436-437.
- (18) S.S. Benedicto XVI, discurso citado en Verona.
- (19) Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitución sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, 31, 35, 36; *Gaudium et Spes*, 43; *Apostolicam Actuositatem*, 7; *Ad Gentes*, 21.
- (20) Id.
- (21) Misal Romano, de la fiesta de Cristo Rey.
- (22) S.S. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 70.
- (23) S.S. Juan Pablo II, exhortación apostólica postsinodal *Christifideles laici*, 15.
- (24) Id, 17.
- (25) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*.
- (26) Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota sobre algunas cuestiones relativas al compromiso y la conducta de los católicos en la vida política*, Vaticano, 2002.
- (27) S.S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 42.
- (28) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Lumen Gentium*, n. 36; *Gaudium et Spes*, n. 43.
- (29) S.S. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, n. 59.
- (30) S.S. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 20.
- (31) cfr. G. Carriquiry, *Una apuesta por América Latina*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005, pp. 188-190.
- (32) III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, n. 436-37.
- (33) Id., n. 462.
- (34) S.S. Benedicto XVI, discurso citado en Verona.
- (35) Id.
- (36) cfr. A. Methol Ferré, *La América Latina del siglo XXI*, Edhasa, Buenos Aires, 2006, pp. 35-83.
- (37) S.S. Benedicto XVI, discurso citado en Verona.
- (38) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 11. En el actual pontificado de S.S. Benedicto XVI la alianza entre fe y razón, que S.S. Juan Pablo II ya había afrontado especialmente en su encíclica *Fides et Ratio*, se está manifestando como tema fundamental de su magisterio, con una enorme riqueza de contenidos, sea para un crecimiento sólido y maduro de la vida cristiana, sea como clave de discernimiento crítico de la modernidad y, a la vez, de la superación de sus callejones sin salida hacia una nueva síntesis cargada de renovada inteligencia, afecto y esperanza para la convivencia humana. Sus dos discursos, el de la Universidad de Regensburg y el de Verona, son piezas maestras al respecto.
- (39) S.S. Juan Pablo II, encíclica *Veritatis Splendor*, Vaticano, 1993, n. 101; cfr. encíclica *Centesimus Annus*, Vaticano, 1991, n. 46.
- (40) El mayor exponente de estas teorías neocontractualistas es John Rawls, *A theory of Justice*, The Belknap Press, Harvard, Cambridge, 1971.
- (41) Congregación para la Doctrina de la Fe, *Nota sobre algunas cuestiones relativas al compromiso...*, ob. cit. Cfr. G. Mucci, *Iglesia, Democracia y Relativismo Ético*, Humanitas, Santiago de Chile, 1997, n. 3, pp. 364-373; A. Llano, *Claves del actual Debate Cultural*, Humanitas, Santiago de Chile, 1997, n. 4, pp. 532-544.
- (42) Id.
- (43) cfr. G. Carriquiry, *Una apuesta por América Latina*, ob. cit., pp. 195-202.
- (44) cfr. G. Carriquiry, "En camino hacia la V Conferencia de la Iglesia Latinoamericana. Memoria de los 50 años del CELAM, Claretiana, Buenos Aires, 2006, pp. 37-38.
- (45) cfr. G. Carriquiry, *Una apuesta...*, ob. cit. pp. 252-256.
- (46) Id., p. 14.

- (47) En la encíclica *Centesimus Annus* (1991), S. S. Juan Pablo II propone “el análisis de algunos acontecimientos de la historia reciente” como “consideración atenta del curso de los acontecimientos, para discernir las nuevas exigencias de la evangelización”, deteniéndose en particular a las “cosas nuevas” que se advierten a partir del cambio de época de 1989-1991.
- (48) cfr. G. Carriquiry, *Notas sobre la actualidad sudamericana*, Instituto Internacional Jacques Maritain, Notes et Documents, Roma, enero-abril 2006, pp. 30 y ss.
- (49) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Apostolicam Actuositatem*, nn. 18 y ss.
- (50) cfr. G. Carriquiry, *La presencia cristiana en las actuales transformaciones de América Latina*, en A.A.V.V., *La teología de la liberación a la luz del Magisterio*, Cedral-Trípode, Bogotá, 1988, pp. 34-37.
- (51) Id.
- (52) cfr. G. Carriquiry, *Los laicos y la nueva evangelización*, VE, Lima, 1996, pp. 69 y ss.
- (53) III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Puebla*, nn. 1206 y ss.
- (54) S.S. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, n. 29.
- (55) cfr. *Il Papa e i movimenti*, San Paolo, 1998; Consejo Pontificio para los Laicos, *Los movimientos en la Iglesia*, Vaticano, 1998, y *Los movimientos eclesiales en la solicitud pastoral de los Obispos*, Vaticano, 1999.
- (56) S.S. Benedicto XVI, mensaje al II Congreso mundial de movimientos eclesiales y nuevas comunidades, 30 de abril de 2006, y discurso del 3 de junio de 2006 a más de 300.000 adherentes a los movimientos y comunidades en la Plaza de San Pedro.
- (57) cfr. Guzmán Carriquiry, *Una apuesta...*, ob. cit., pp. 290 y ss.
- (51) cfr. Card. Jorge Bergoglio, *La Nación por construir. Utopía, pensamiento y compromiso*, Clareitana, Buenos Aires, 2005.
- (52) Cfr. CArd. Jorge Bergoglio, homilía en la Catedral de Buenos Aires, 25 de mayo de 2006, en AICA, Buenos Aires.
- (53) S.S. Benedicto XVI, *Deus Caritas est*, n. 1.
- (54) S.S. Juan Pablo II, *Novo Millennio Ineunte*, Vaticano, 2001, nn. 29 y ss.
- (55) Consejo Episcopal Latinoamericano, *Hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento de participación*. Bogotá, 2005.
- (56) S.S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 34.
- (57) cfr. Guzmán Carriquiry, *Una apuesta...*, ob. cit., p. 17; J. C. Scannone, *Sociedad civil y neocomunitarismo en América Latina*, Razón y fe, Madrid, junio 1999, 613-25.
- (58) cfr. Card. J. Bergoglio, *La Nación por construir. Utopía, pensamiento y compromiso*, Claretiana, Buenos Aires, 2005. Los documentos del Episcopado argentino, sobre todo desde el derrumbe del país en el 2000, insisten en una clave moral a la base de la crisis nacional.
- (59) cfr. Card. J. Bergoglio, homilía en la catedral de Buenos Aires, 25 mayo 2006, en AICA, Buenos Aires.
- (60) S.S. Benedicto XVI, *Deus caritas est*, n.1.
- (61) S.S. Juan Pablo II, exhortación apostólica *Novo Millennio Ineunte*, Vaticano, 2001, nn. 29 y ss.
- (62) Consejo Episcopal Latinoamericano, *Hacia la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. Documento de Participación*. Bogotá, 2005.
- (63) S.S. Juan Pablo II, *Christifideles laici*, n. 34.
- (64) cfr. G. Carriquiry, *Una apuesta...ob. cit.*, p. 17.
- (65) S.S. Juan Pablo II, encíclica *Sollicitudo Rei Sociales*, Vaticano, 1987, n. 1.
- (66) Consejo Pontificio de Justicia y Paz, *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*, Vaticano, 2004.
- (67) Cfr. G. Carriquiry, *Algunas reflexiones y aportes para la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*, manuscrito, Roma, 2006, de próxima publicación por el CELAM.
- (68) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 14 y ss.
- (69) cfr. Bartolomé de las Casas, *Historia de Indias*, BAC, 96, Madrid, p. 176.
- (70) Concilio Ecuménico Vaticano II, *Gaudium et Spes*, nn. 22, 41.
- (71) S.S. Juan Pablo II, discurso a la Asamblea de la Iglesia italiana en Loreto, 11/4/1985.
- (72) S.S. Benedicto XVI, discurso a participantes de un Seminario organizado por el Partido Popular europeo, abril 2006.
- (73) cfr. S.S. Pío XI, encíclica *Quadragesimo Anno*, Vaticano, 1931, n. 53; *Gaudium et Spes*, n. 75; Congregación para la Doctrina de la Fe, *Libertatis Constantiae*, Vaticano, 1986; S.S. Juan Pablo II, *Catecismo de la Iglesia católica*, Vaticano, 1992, nn. 1982-85.
- (74) cfr. G. Carriquiry, *Una apuesta...*, ob. cit. pp. 289 y ss; J. C. Scannone, *Sociedad civil y neocomunitarismo en América Latina*, Razón y fe, Madrid, junio 1999, pp. 613-625.
- (75) cfr. G. Carriquiry, *Una apuesta...*, ob. cit., pp. 58-133, 297-301.
- (76) S.S. Juan Pablo II, discurso de apertura de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Santo Domingo, 12 de octubre de 1992.
- (77) cfr. S.S. Juan Pablo II, *Christifideles Laici*, nn. 36 y ss.
- (78) cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Notas...*, ob. cit.
- (79) Id.
- (80) S.S. Pablo VI, Carta apostólica *Octogesima Adveniens*, Vaticano, 1971, n. 50.
- (81) S.S. Benedicto XVI, homilía en la Misa de inicio de su ministerio cetrino, 22.10.1978.
- (82) S.S. Benedicto XVI, discurso citado en Verona.

(83) S.S. Benedicto XVI, discurso en la Jornada Mundial de la Juventud, Colonia, 15.VIII.2006.

(84) S.S. Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, n. 19.

(85) cfr. Joseph Ratzinger, *Situación actual de la fe y la teología*, revista *Ecclesia*, Roma, diciembre de 1996, pp. 494-96.

(86) S.S. Juan Pablo II se refirió por primera vez a la “nueva evangelización” en su discurso a la Asamblea ordinaria del CELAM en Port-au-Prince (Haití) el 9.III.1983, urgiendo por una “evangelización nueva: nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”. Después retomó ese llamamiento en Santo Domingo, el 12.X.1992, inaugurando la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.